
HARLEQUIN
Jazmín
VIDAS DISTINTAS
MADELINE BAKER

Vidas Distintas

Madeline Baker

Argumento:

¿Podría una sofisticada chica de ciudad convertirse en una novia de Texas?

Carly Kirkwood había acudido a Texas en busca de tranquilidad, pero en cuanto conoció a su profesor de equitación, empezó a no poder dormir por las noches. Zane Roan Eagle no se parecía a ningún hombre que ella hubiera conocido, y provocaba en ella sensaciones que tampoco conocía. No tardaron mucho en pasarse los días lanzándose miradas de pasión, y las noches dando rienda suelta a esa pasión. Y, aunque Carly siempre estuvo convencida de que Los Ángeles era su ciudad, el mero hecho de pensar en separarse de Zane hacía que se le desgarrara el corazón.

CAPÍTULO 1

EN QUÉ diablos me he metido?

Carly Kirkwood no podía dejar de preguntárselo mientras salía corriendo de los hediondos cuartos de baño del Twisted River Fairgrounds y se dirigía hacia las gradas. Olía a polvo, a perritos calientes, a algodón de azúcar, a palomitas, a cerveza y a sudor, vacas y caballos.

Allí donde miraba veía hombres, mujeres, niños e incluso bebés vestidos con vaqueros, camisas de cuadros y botas. ¿Y qué esperaba? ¿Trajes de Arman¡ y zapatos de Gucci? Estaba en mitad de Texas.

«Vente a pasar las vacaciones a nuestro rancho», le había dicho Brenda Clark, su mejor amiga. «Te va a encantar Texas».

Carly llevaba mucho tiempo trabajando sin parar y necesitaba descansar. Su trabajo como diseñadora de páginas web era agotador y tenía derecho a tomarse unas vacaciones.

Al principio, había pensado en ir a Yosemite o a Sequoia, pero había cambiado de opinión porque le apetecía mucho ver a Brenda. Tres semanas al aire libre le habían sonado a gloria comparado con tanto código html.

El Circle C Ranch estaba bien, era cierto. La parte principal de la casa era de principios del siglo XIX. Había sufrido modificaciones con el paso del tiempo, pero los Clark habían conseguido que siguiera teniendo aquel aire del lejano Oeste. La familia de Brenda tenía caballos y unos cuantos miles de cabezas de ganado.

Sin embargo, a Carly no le gustaba la vida en el rancho. Su idea de vacaciones eran un hotel de cuatro estrellas—con servicio de habitaciones, piscina climatizada y un centro comercial al que se pudiera ir andando.

Aunque la casa era cómoda y el entorno precioso, hacía mucho calor húmedo y había caballos, vacas y gallinas por todas partes. Los animales no eran lo peor sino los excrementos que iban dejando a su paso.

Un gallo que parecía tener bronquitis crónica la despertaba todas las mañanas demasiado temprano. Para colmo, Brenda y su marido Jerry se regían por las horas del sol y Carly no estaba acostumbrada a irse a la cama tan pronto.

Había intentado seguir su ritmo los dos primeros días, pero lo único que había conseguido había sido quedarse mirando al techo

oyendo el tic tac del reloj.

El fin de semana anterior habían ido a Twisted River a comer y al cine. Era una población pequeña que a Carly le recordó a los decorados de una película del Oeste. Había visto a un par de chicas indias paseando e incluso a un caballo atado a la puerta de un tienda.

Después del cine, la llevaron a tomar un helado y estuvieron una hora charlando para que su amiga se pusiera al día de todo lo que había pasado en la ciudad desde que se fue hacía tres años.

Brenda era entonces tan urbanita como Carly y no se habría ido de Los Ángeles por nada del mundo, pero su suegro se murió de repente y Jerry insistió en que tenía que volver a ayudar a su madre con el rancho.

Cuando Brenda se fue, Carly lo pasó muy mal ya que habían estado juntas desde el jardín de infancia. La gente solía creer que eran hermanas porque estaban todo el día juntas.

Se habían comprado el primer sujetador juntas, habían descubierto a los chicos juntas y se habían consolado cuando habían tenido algún disgusto amoroso.

Carly suspiró exasperada al estar a punto de pisar unos excrementos de caballo todavía humeantes. ¿Por qué aquella gente no recogía el excremento de su animal como hacía la gente en Los Ángeles con sus perros?

Estaba llegando a las gradas cuando se dio contra lo que parecía una pared de cemento armado. Miró hacia arriba y se encontró con unos grandes ojos negros que la miraban con el ceño fruncido.

—Eh, a ver si mira por dónde vas —le dijo una voz igual de oscura que le hizo sentir un escalofrío por la espalda.

—Iba mirando —murmuró.

«Si no hubiera ido mirando para no pisar lo que no tengo que pisar, no me habría chocado», pensó.

Carly dio un paso atrás intimidada por su altura. Aquel hombre tenía la piel del color del cobre viejo y tenía una pequeña cicatriz blanca sobre la ceja izquierda. Llevaba unos vaqueros negros desgastados, una camisa azul y un sombrero de vaquero con un pañuelo de piel de serpiente.

—¿Ah, sí? —se burló—. ¿Qué iba mirando?

—El suelo —contestó Carly.

Se sonrojó cuando sus ojos se encontraron. Desde luego, si hubiera estado buscando un hombre, aquel habría estado el primero en la lista. ¡No! Después de Richard, lo último que necesitaba era otro hombre en su vida.

—¿Se le ha perdido algo?

—No, era porque no quería pisar otro… excremento de caballo.

—Buena suerte —sonrió alejándose.

Carly lo miró marcharse. Llevaba los pantalones apretados como una segunda piel. No era su intención quedarse mirándolo fijamente, pero la vista no estaba nada mal. Cuando lo perdió de vista, fue a reunirse con Brenda.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó su amiga limpiándose la mostaza de la boca—. ¿Te has perdido?

—No, me he chocado con una pared.

—¿Cómo?

—No, nada.

—Toma, te he pedido un perrito caliente y una Coca—Cola —dijo su amiga sin comprender.

—Gracias.

—Llegas justo a tiempo. Ahora toca el rodeo de potros salvajes. Van a competir varios de nuestros empleados.

Carly asintió y probó el perrito caliente. Aquella mañana habían visto dos pruebas. En la primera, la carrera de barriles, ganaba el concursante que rodeaba los barriles dispuestos en triángulo en el menor tiempo y sin tirar ninguno.

En la segunda, que consistía en tirar de una cuerda por equipos, ganaba el equipo que conseguía hacer que el contrario sobrepasara una línea marcada en el suelo.

A primera hora de la tarde, habían visto otras dos. En la primera, un jinete debía conseguir lanzarse sobre un novillo y reducirlo. En la otra prueba, un jinete lanzaba el lazo desde el caballo, atrapaba a un ternero, se bajaba de su montura y le ataba tres patas en un abrir y cerrar de ojos.

Carly miró a su alrededor mientras se comía el perrito caliente. Sólo había personas en vaqueros, faldas vaqueras y camisas vaqueras. Por supuesto, todo el mundo llevaba sombrero de vaquero. ¡Nunca había visto tantas formas, colores y tamaños!

Los vaqueros también eran de diferentes tamaños y estaban por todas partes. En grupos, en solitario, en pareja...

Mientras esperaban a que comenzara la siguiente prueba, Carly se rió con los payasos y Breada le explicó que eran muy importantes en el rodeo pues debían distraer a los toros cuando un participante estaba en el suelo y corría peligro.

Tras ver la prueba en la que los vaqueros se subían a un toro, Carly decidió que aquellos hombres estaban locos.

Comparados con los toros, los caballos no le parecieron tan peligrosos, pero aun así ella jamás lo habría hecho. ¿De verdad compensaban unos cientos de dólares y un trofeo por sentarse ocho segundos en el lomo de un caballo salvaje?

—Ahora viene Windy —anunció Brenda—. Espero que no les

haya tocado a ninguno de mis hombres. Es un horror.

Anunciaron por megafonía el nombre del primer concursante y la gente se puso en pie y aplaudió. El hombre no lo hizo mal, pero el caballo pronto se deshizo de él y lo tiró por los aires.

El segundo quedó descalificado por agarrarse a la silla.

—Está prohibido —le explicó Brenda.

Carly se encontró pronto atrapada en la emoción general, aplaudiendo y gritando como todos los demás.

—A continuación, nuestro Zane Roan Eagle —dijo el presentador con orgullo—. Ha elegido a Blue Dynamite, del Hazard Ranch. Nadie ha conseguido en los últimos tres años aguantar ocho segundos sobre esta mala bestia.

—Zane trabaja para nosotros —dijo Brenda—. Es uno de los mejores domadores de caballos del país. Tenemos mucha suerte de tenerlo en el rancho. Antes, se ganaba la vida así, pero ahora sólo compite de vez en cuando.

Carly asintió y miró al concursante con atención. ¿Era posible? Sí, era él. El guapo con el que se había chocado.

Iba a decírselo a su amiga, pero cambió de opinión. Breada quería verla con otro hombre y ella no estaba preparada. Claro que eso no quería decir que no supiera apreciar a un hombre guapo cuando lo veía.

Se apresuró a hacerle varias fotografías. El caballo comenzó a dar coces en cuanto se abrió la puerta, pero Zane Roan Eagle aguantó con fuerza sobre la silla.

Aquel hombre se anticipaba a los movimientos del animal que montaba. Carly pensó que parecía un ballet furioso y rápido. Era bello dentro de su brutalidad. El sombrero del jinete salió despedido al suelo dejando al descubierto una recia melena negra.

Carly suspiró aliviada cuando oyó el timbre que anunciaba que la prueba había concluido. Zane Roan Eagle recogió el sombrero y saludó al público, que aplaudía encantado.

Carly también se levantó a aplaudir. Zane se giró en su dirección y la miró. Carly sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Era imposible que la viera a aquella distancia, pero le pareció que la estaba mirando directamente a ella.

Le entraron ganas de saludarlo con la mano, pero no lo hizo. Sólo había intercambiado con él un par de palabras, así que era imposible que la estuviera mirando a ella.

Aun así, la idea la mantuvo sonriente el resto del día.

CAPÍTULO 2

PARA su sorpresa, la imagen de aquel vaquero la acompañó toda la noche en sueños y, para colmo, fue lo primero en lo que pensó cuando se despertó el domingo.

Nunca se había vuelto loca por un hombre guapo, pero Zane Roan Eagle era mucho más que guapo.

—Hola, Bella Durmiente —la saludó Brenda cuando llegó a la cocina—. Llegas justo a tiempo de almorzar.

Carly la miró extrañada.

—Pero si es domingo. Los domingos se descansa, ¿no?

—Aquí, no —contestó su amiga—. Nosotros ya hemos organizado la casa y hemos ido a misa.

—¿A misa?

Hacía años que Carly no iba a la iglesia.

—Sí, la madre de Jerry va todos los domingos y yo me he acostumbrado a acompañarla.

—¿Qué tal viviendo con tu suegra?

—No está mal. Erina es muy fácil de llevar y la casa es grande, así que no nos vemos todo el rato. Además, se va a Boston a ver a su hermana un par de veces al año. Ahora está allí.

Carly asintió y se tomó el café mientras miraba por la ventana. Sin poder evitarlo, se preguntó qué harían los domadores de caballos los domingos.

Sacudió la cabeza para apartarlo de sus pensamientos. Aunque trabajaba para Brenda, no tenía por qué volver a verlo y, además, tal vez fuera mejor así porque no creía que tuvieran nada en común.

—¿Te acuerdas de las clases de equitación que te prometí? —dijo Brenda—. Empiezas mañana por la mañana.

—Bren, ¿no crees que estoy un poco mayor?

—Claro que no. Quiero llevarte a ver el rancho, pero primero tienes que aprender a montar.

—¿Y por qué no vamos en coche?

—Porque a caballo se puede llegar a sitios mucho más bonitos. Podremos hacer comida, meterla en una cesta e ir al lago. Te va a encantar.

—Lo dudo.

Brenda la miró con cara de pocos amigos y Carly levantó las manos.

—Está bien, está bien, pero si me rompo una pierna no te vuelvo a hablar —bromeó.

Zane suspiró resignado y se levantó de la cama el lunes por la mañana. Le habían comunicado que la invitada de los Clark quería aprender a montar a caballo y le había tocado a él enseñarla.

Tras desayunar, fue a los establos y eligió a Sam. Lo sacó y se puso a cepillarlo. Estaba terminando cuando oyó una voz femenina a sus espaldas que le sonaba vagamente familiar.

—Hola.

Zane miró por encima del hombro y vio de

quién se trataba.

—Hola —contestó sonriente.

Carly sintió que el corazón le daba un vuelco al ver que era el hombre con el que se había chocado en el rodeo. ¡Y pensar que había estado a punto de negarse a dar clases de equitación!

—¿Es usted la señorita Kirkwood?

—Sí, pero llámeme Carly, por favor.

—Zane Roan Eagle —contestó él tendiéndole la mano.

—Zane —dijo Carly—. No es un nombre muy común.

—A mi padre le gustaba mucho Zane Grey.

—¿Quién?

—Zane Grey, un escritor de principios del siglo XX. Escribió muchas novelas del Oeste.

—Ah, de indios y vaqueros.

—La señora Clark me ha dicho que querías aprender a montar —dijo Zane mirándola—. ¿Estás preparada?

—No, pero le prometí a Brenda que lo intentaría.

—Ten cuidado cuando andes por aquí —le aconsejó Zane—. Nunca sabe uno lo que va a pisar.

Carly se sonrojó al recordar su encuentro del día anterior.

—¿Te gustó el rodeo?

—Sí, mucho. Estuviste entupen... quiero decir, enhorabuena.

—Gracias.

Sus miradas se encontraron un momento y, aunque no se dijeron nada, Carly sintió que había habido una conexión especial entre ellos.

—¿Has montado antes alguna vez? —le preguntó Zane por fin.

Carly negó con la cabeza.

—Bien, entonces, vamos a empezar por el principio. Esto es un caballo.

—Muy gracioso. Zane sonrió.

—Es un caballo castrado, la verdad. Se llama Sam y tiene trece

años.

—Es muy grande, ¿no? —dijo Carly mirando al animal un poco asustada.

—Desde abajo parece más. Ven a conocerlo.

Carly se acercó a la cabeza de Sam y lo miró. Sam también la miró.

—Muy bien —dijo Zane—. Agárrate a la silla, pon el pie izquierdo en el estribo, toma impulso con el pie derecho y pasa la pierna derecha por encima de la silla.

Carly miró el estribo y se preguntó si llegaría con el pie hasta aquella altura. No era muy deportista, la verdad, así que no estaba en forma.

Tomó aire, se agarró a la silla y consiguió meter el pie en el estribo, pero no tenía fuerzas para tomar impulso.

Zane Roan Eagle le puso las manos en la cintura y la subió.

Cuando estuvo sentada en la silla, le ajustó los estribos y le pasó las riendas, que no eran dobles como siempre había visto ella en las películas.

—Creía que las riendas eran dobles —dijo en voz alta.

—Sí, algunas sí, pero yo prefiero estas para empezar porque, si se te caen, es fácil que las recuperes.

—Ah.

—Sam es el caballo más dócil del rancho. Lo suelen montar los sobrinos de la señora Clark, así que no deberías tener ningún problema con él. Tú sólo relájate y déjale a él hacer el trabajo. ¿Lista?

Carly asintió asustada.

—Muy bien, vamos allá.

Zane chasqueó la lengua y comenzó a andar en círculos. Sam lo siguió de cerca como un cachorro. Carly se agarró a la silla con una mano.

—Tranquila. Intenta relajarte. La espalda siempre recta y los codos pegados. Muy bien, los talones para abajo y agarra las riendas con las dos manos —le aconsejó llevando al caballo a un redil más grande.

Carly soltó la silla a regañadientes.

Zane Roan Eagle guió al caballo alrededor del redil. Dieron tres vueltas y cambiaron de dirección.

Carly intentó relajarse, pero el suelo estaba muy lejos y no se encontraba cómoda sobre la silla.

—Muy bien, ahora tú sola —dijo Zane al cabo de un rato—. Sam no lleva freno en la boca, pero no te preocupes porque está acostumbrado a los novatos, es muy bueno. Si quieres torcer a la izquierda, tiras de la rienda izquierda o le pegas la derecha al cuello

y para torcer a la derecha, al revés. Para parar, tiras de las dos hacia atrás. ¿Entendido?

Carly tragó saliva y asintió.

—Para que ande, puedes chasquear la lengua o darle con los talones en los lados.

Carly tomó aire y chasqueó la lengua. Sam comenzó a andar lentamente y, al poco tiempo, Carly tuvo la sensación de que llevaba años montando.

—Muy bien —dijo Zane—. Da la vuelta.

Carly tiró de la rienda izquierda y Sam giró obedientemente hacia la izquierda.

—Los talones abajo —le recordó Zane—. Suelta un poco las riendas.

Carly hizo lo que se le indicaba y siguió montando. No era que fuera la mar de divertido, pero lo estaba haciendo mucho mejor de lo que esperaba.

Hasta que Zane decidió que había que trotar.

—Intenta moverte con el caballo —le dijo.

Definitivamente, a Carly no le gustó trotar. Lo intentó una y otra vez, pero no le salía bien. Debía de parecer una palomita en una sartén. Menos mal que Zane se apiadó de ella y dijo que era suficiente para el primer día.

—Gracias por intentarlo —le dijo Carly mientras bajaba—. Me parece que no se me da muy bien.

—Las he visto peores —contestó él sonriente ayudándola a bajar.

Carly sintió un escalofrío por todo el cuerpo y notó que le temblaban las piernas, pero no supo si por él o por haber pasado una hora sobre Sam.

—Ha sido solo la primera clase. Mañana se te dará mejor.

¡Mañana!

—Pero...

—No vas a tirar la toalla, ¿verdad?

Carly lo miró y, al ver aquellos profundos ojos negros, decidió que hubiera dicho que sí a montar a Blue Dynamite.

—Claro que no —contestó.

—Muy bien —sonrió Zane—. Entonces, nos vemos mañana a la misma hora.

Carly asintió mientras pensaba que aquella sonrisa incendiaria podría terminar con una ciudad entera.

Cuando llegó a casa, Brenda estaba limpiando tomates para hacer conserva.

—¿Qué tal? —le preguntó su amiga.

—Bien.

—¿Qué tal con Zane?

—Bien. Es buen profesor... aunque yo no soy muy buena alumna. No estarás intentando emparejamos, ¿verdad, Bren? —le preguntó frunciendo el ceño.

—¿Yo? Por supuesto que no.

—Ya.

—Por Dios, Carly, hace meses que no sales con un hombre.

—¡Brenda!

—Cálmate, anda, cálmate. ¿Qué hay de malo en que salgas con él mientras estás aquí? Es un buen hombre.

—No lo pongo en duda, pero no quiero una aventura de verano con un vaquero al que no voy a volver a ver cuando vuelva a Los Ángeles.

—Bien, bien, lo siento —dijo Brenda levantando las manos.

—Me voy a cambiar —anunció Carly—. Huelo a caballo.

A la mañana siguiente, llegó al establo unos minutos antes de lo acordado aunque no sabía si iba a ser capaz de montar porque le dolía todo el cuerpo e incluso músculos que no sabía ni que tenía.

Algo la había llevado, sin embargo, al establo y no era Sam.

Zane estaba cepillando al caballo. Se fijó en sus músculos y en su pelo, brillante bajo los rayos del sol. Como de costumbre, llevaba unos guantes de cuero en el bolsillo trasero de los vaqueros, algo que a Carly le resultaba extrañamente sexy.

Cuando la sorprendió mirándolo, se sonrojó. Cuando sus ojos se encontraron, volvió a sentir lo mismo que cuando la había tomado de la cintura el día anterior.

—Llegas pronto —apuntó.

Carly asintió.

—No pasa nada. Ven para acá. Así aprendes también esto.

Estuvieron veinte minutos mientras Zane le enseñaba a cepillar a un caballo y a limpiarle las pezuñas, lo que para desgracia de Carly incluía quitarle los excrementos con una pinza especial.

—¿Quieres aprender a ensillarlo?

—¿Por qué no?

Zane enarcó una ceja al percibir su tono.

—No está tan mal.

—Creí que aprender a montar era aprender a montar.

—Si sólo quieres aprender a montar, sólo te enseñaré a montar.

Carly no quería que la tomara por una cursi remilgada niña de ciudad, así que sonrió encantadora.

—No, quiero aprenderlo todo.

No era cierto, pero la valió otra de aquellas sonrisas

sobrenaturales.

Ensillar a Sam no fue tan difícil, pero la silla pesaba una tonelada y ajustarla bien era un gran esfuerzo.

—Vamos a ver lo que recuerdas de ayer —dijo Zane yendo hacia el redil.

Carly lo siguió con Sam detrás.

—Anda a su lado —le indicó Zane—. Así, nunca te dará una coz ni te pisará.

—¿No me habías dicho que era bueno?

—Lo es. Es sólo por precaución. Los caballos no dan coces de lado.

Carly retrocedió hasta andar al lado— de Sam.

Al llegar al redil, Zane les abrió la puerta. Carly le pasó las riendas hacia atrás, se agarró a la silla y puso un pie en el estribo.

Inmediatamente, sintió las manos de Zane en la cintura. Eran grandes y fuertes y... se mantuvieron en su cintura unas décimas de segundo más de lo estrictamente necesario.

—¿Lista? —le preguntó con voz grave.

Carly asintió porque no podía hablar.

Estuvo tres cuartos de hora yendo al paso y trotando, yendo al paso y trotando. Poco a poco, fue tomándole el aire a eso de trotar.

—¿Intentamos un medio galope? —le preguntó Zane.

—¿Un qué?

—Ya verás, es mejor que trotar. Menos mal.

—Empezamos yendo al paso, pasamos al trote y terminamos a medio galope.

—¿Y cómo lo hago?

—Dale un golpe con el talón y agarra las riendas como cuando trotas. ¿Preparada?

Carly asintió con el corazón latiéndola aceleradamente. Consciente de que Zane la estaba mirando, golpeó a Sam levemente y el animal comenzó a galopar.

Su primer instinto fue agarrarse a la silla, pero pronto se soltó y disfrutó del medio galope, del pelo al viento y del poder de dominar a un caballo que pesaba diez veces más que ella.

Tiró de la rienda izquierda y se encontró escupiendo tierra.

—¿Estás bien? —dijo Zane corriendo a su lado.

—¿Qué ha pasado?

—Que Sam a dado la vuelta y tú, no —contestó Zane—. Ha sucedido todo muy rápidamente. ¿Seguro que estás bien?

Carly asintió avergonzada. ¡Zane se montaba encima de un caballo salvaje y ella no era capaz ni de aguantar sobre Sam!

—Venga —dijo Zane tendiéndole la mano para que se levantara —. ¿Quieres dejarlo por hoy?

—No —contestó Carly.

Zane asintió encantado y a Carly le llegó al corazón. Tomó las riendas de Sam y se las entregó. Acto seguido, se sentó en la verja del redil y se quedó mirándola.

Carly tomó aire y chasqueó la lengua. Sam comenzó a andar al paso, luego al trote y, para terminar, a medio galope. Aquella vez, cuando tiró de la rienda izquierda, estaba preparada para girar.

«¡Lo conseguí!», pensó emocionada.

Zane aplaudió y se acercó a ella.

—Aprendes rápido.

—Porque tengo un buen profesor.

—Gracias. Nos vemos mañana.

—Por supuesto —sonrió Carly mirándolo con los ojos marrones brillantes.

Zane se quedó mirándola mientras se alejaba. Los vaqueros le marcaban los muslos; largos y torneados, y las caderas, que se movían de forma especial. El sol arrancaba destellos como el oro de su cabello rubio y pensó que aquella mujer era peligrosa con p mayúscula.

Zane no buscaba una mujer y menos una de las de para siempre. Estaba claro que la señorita Carly Kirkwood era de esas. Aunque estaba muy bien, no estaba dispuesto a caer de nuevo en el mismo error.

Ya se había enamorado una vez de una mujer de largas piernas y le había costado caro. Elaine lo había marcado de por vida.

Decidió decirle a Poteet que se encargara a partir del día siguiente de las clases de equitación de Carly. Así se acabaría todo.

CAPÍTULO 3

HÁBLAME de Zane —dijo Carly pelando otra patata.

—¿Qué quieres saber?

—Es indio, ¿no?

—¿Con un apellido como Roan Eagle qué iba a ser?

—Nunca había conocido a un indio.

—Por aquí hay muchos —le explicó Brenda cortando una patata —. ¿Qué tal las clases?

—Bien. Es un buen profesor.

—Ya —se burló su amiga.

—Sí, buen, está bien. Es guapo también —confesó Carly.

—¿Sólo guapo? —exclamó Brenda—. Es impresionante. Con esa melena negra que tiene y...

—Brenda, te recuerdo que estás casada.

—Sí, casada sí, pero no ciega —contestó Brenda—. Si estuviera soltera...

—¿Y él está casado? —No.

—¿Por qué? —Pregúntaselo a él.

—No, me voy a ir dentro de un par de semanas, así que me da igual.

—Te podrías venir a vivir aquí. No sabes cómo te echo de menos.

—Sí lo sé, Brenda. Yo también te echo mucho de menos, pero, ¿qué iba a hacer yo aquí?

—Eh, que en Texas también tenemos ordenadores, ¿eh? Puedes trabajar desde aquí perfectamente.

—Olvídalo, Bren. Soy urbanita dé pies a cabeza.

—Yo también lo era.

Carly negó con la cabeza. Le costaba reconocer a su amiga vestida con vaqueros desgastados y camisa de franela. ¿Era la misma que iba a la peluquería una vez a la semana y hacía un tratamiento de talasoterapia una vez al mes?

—¿De verdad te gusta vivir aquí? —le preguntó—. ¿No echas de menos la ciudad? ¿Qué me dices de ir al cine? ¿Y de tiendas?

—Dallas tiene más tiendas y restaurantes que Nueva York —contestó Brenda—. A veces, me gustaría vivir un poco más cerca, pero la vida en el rancho es más auténtica, ¿sabes?

—¿En qué sentido?

—No sé cómo explicarlo. El rancho da trabajo y comida a mucha gente. Me hace sentir que lo que hago aquí es importante, que estoy contribuyendo a algo. Es un lugar magnífico para tener hijos. Cuando J.J. sea mayor va a tener mucho espacio para jugar y correr, va a poder tener todos los animales que le dé la gana y...

—De acuerdo, de acuerdo. Veo que eres plenamente feliz aquí, pero yo no me veo llevando esta vida.

—Muy bien —se rindió Brenda.

Aquella noche, ya —acostada, Carly intentó imaginarse viviendo en un rancho con Zane Roan Eagle.

Carly Roan Eagle. Sonrió y cerró los ojos.

—No creo —le dijo a la oscuridad.

Aun así, aquella noche volvió a soñar con él.

Carly entró en el establo al día siguiente y se encontró con que Sam ya estaba ensillado. Había un joven alto y delgado con él. Carly miró a su alrededor, pero ni rastro de Zane.

—¿La señorita Kirkwood? Soy Jim Poteet, el sustituto de Roan Eagle.

—Ah —dijo Carly consiguiendo sonreír a pesar del disgusto.

Poteet no se ofreció a ayudarla a montar porque no hizo falta. Carly pudo tomar impulso y se subió a Sam sin problema.

Aquel día también fue al paso, trotó y corrió a medio galope, pero por alguna razón no le pareció igual de divertido.

Intentó convencerse de que no era por Zane Roan Eagle, pero sabía que era mentira. Estaba a punto de decir que quería dejarlo cuando oyó su voz.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que los talones para abajo? —la reprendió.

Carly echó los hombros hacia atrás y bajó los talones. Montar a caballo volvía a ser divertido.

—Mucho mejor —sonrió Zane—. Ya me encargo yo, Poteet.

Carly aminoró la marcha y fue hacia él.

Llevaba vaqueros, camisa verde arremangada por encima del codo y botas muy usadas. Con solo mirarlo, sentía que el estómago le bailaba.

—¿No estás cansada de montar todo el rato en círculos?

—Un poco —confesó.

—¿Te apetecería salir a dar un pequeño paseo?

—¿Crees que estoy preparada?

—No te lo diría si no lo creyera.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Muy bien.

—Estupendo. Voy a ensillar mi caballo y nos vamos.

Mientras iba hacia el establo, Zane sacudió la cabeza. Había intentado mantenerse alejado de ella, buscar otras cosas que hacer, pero por alguna razón que no quería pensar demasiado había terminado en el establo.

A1 ver a Poteet con Carly se había sorprendido sintiendo celos.

Se enfadó consigo mismo. ¿Es que no había aprendido nada la última vez? Apenas conocía a Carly Kirkwood, pero no podía evitar querer estar con ella. Además de ser tremendamente guapa y de despertar en él un deseo que creía desaparecido, la atracción entre ellos era mutua y, sobre todo, le gustaba estar con ella.

Zane sacó a una yegua, la cepilló y la ensilló en menos de diez minutos.

—¿Lista? —le preguntó apareciendo a lomos del animal.

—Lista —contestó ella.

Al cabo de pocos minutos, estaban montando uno junto al otro por un camino que rodeaba la casa y transcurría paralelo a un riachuelo.

A medida que se fueron alejando de la casa, la vegetación se hizo más espesa. Los pájaros cantaban y los insectos saltaban de un lado a otro.

—Esto es precioso —dijo Carly.

—Sí, lo es.

—¿Llevas toda la vida viviendo en Texas?

—No. Nací en la reserva de Dakota del Sur.

—Ah.

—¿Y tú?

—Nací en Los Ángeles y me pasé casi toda la infancia de un lado para otro, pero cuando mis padres decidieron quedarse en un sitio definitivo eligieron Los Ángeles de nuevo. Allí han vivido hasta que a mi padre lo trasladaron a Arizona el año pasado. ¿Has estado alguna vez en Los Ángeles?

—Sí, una vez.

—¿Y te gustó?

Zane negó con la cabeza.

—Demasiado ruido, demasiada gente, demasiados coches y muy pocos caballos.

—Ya, entiendo —sonrió Carly.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar con los Clark?

—Otra semana y media. Todavía no lo sé seguro.

—¿Has venido de vacaciones?

—Sí.

—¿Y a qué te dedicas?

—Soy diseñadora de páginas web.
—Ya sabía yo que no trabajabas al aire libre.
—¿Por qué?
—Porque se nota.
Se quedaron en silencio unos minutos. Carly no había sentido tanta paz en su vida. El campo estaba verde y precioso y el cielo, azul e inmenso.
—¿Siempre quisiste ser vaquero?
—Sí.
—¿Cuánto tiempo llevas trabajando con los Clark?
—Unos cuatro años.
—¿Qué haces exactamente?
—Un poco de todo. Sobre todo, entrenar a los caballos. A veces, me encargo de los caballos de otros ranchos. Supongo que, a partir de ahora, podría añadir que doy lecciones de equitación —sonrió.
—¿Y antes de trabajar aquí qué hacías?
—Estuve en la marina. Mi padre quería que me dedicara a eso como él, pero no pudo ser. No era para mí, así que me dediqué a participar en rodeos hasta que un toro me pateó.
—¡Qué horror!
Zane se encogió de hombros.
—Cuando salí del hospital, me vine a trabajar aquí —dijo parando su montura—. ¿Quieres que descansemos un poco?
Carly asintió. Estaban en un lugar sombreado por los árboles y desde el que se oía el rumor del agua del arroyo.
Zane la ayudó a desmontar y la depositó en el suelo como si no pesara. Sus pechos rozaron con su torso al bajar y Carly lo miró sin aliento.
Se fijó en sus labios, voluminosos y sensuales. Se preguntó qué sentiría si la besara. Como si la hubiera leído el pensamiento, eso fue exactamente lo que hizo Zane.
Nada más notar su lengua, Carly sintió un deseo que la sorprendió. Lo abrazó con fuerza, excitada, queriendo tumbarse con él sobre la hierba y dejarlo que la hiciera suya.
Avergonzada por su reacción, se apartó. Jamás había respondido así ante un hombre, nunca había sentido la necesidad de olvidarse de todo y de entregarse a alguien sin reservas.
Tomó aire y suspiró. Era demasiado guapo y sus besos demasiado potentes. Debería llevar un cartel que pusiera «Peligro para la libido».
—¿Por qué sonríes? —le preguntó Zane.
—Por nada —contestó sonrojándose.
—Ya.
¿Se habría sentido ofendido porque se hubiera sonreído tras el

beso?

Zane tomó a ambos caballos por las riendas y los bajó al arroyo para que bebieran. Carly lo miró sin reparo y se regocijó en su pelo negro como en el azabache, en sus anchas espaldas y en su trasero enfundado en aquellos vaqueros que le quedaban tan bien.

Lo cierto era que nunca le habían gustado los hombres que trabajaban al aire libre y que llevaban el pelo largo. Prefería a los hombres delgados de pelo corto y vestidos con trajes de Armani, que llevaban maletín y trabajaban en despachos, como ella.

—¿Volvemos? —le preguntó él.

—¿Tenemos que volver ya?

—Depende de ti. ¿No te duele el trasero de montar?

Sí, le dolía, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

Zane la ayudó a montar y volvieron al rancho en silencio. Aquel hombre montaba como si hubiera nacido encima de un caballo. Carly decidió sacarle un par de fotografías antes de irse.

—¿Podemos galopar un poco? —le preguntó al llegar a un claro.

—Si quieres, por supuesto.

Carly azuzó a Sam para que corriera y entendió por qué la gente se volvía loca por montar a caballo. Montar a toda velocidad sobre la hierba verde y alta, con el viento en la cara y el sol sobre la cabeza era embriagador.

Carly nunca se había sentido tan libre.

Sam tropezó y estuvo a punto de caer, pero consiguió mantener el equilibrio y siguió al galope. Al darse cuenta del peligro, Carly tiró de las riendas para parar.

—¿Estás bien? —le preguntó Zane acercándose.

—Madre mía, debo de estar loca. ¡Podría haberme matado !

—También te puedes matar en las autopistas de Los Ángeles —apuntó Zane.

Era cierto, así que no dijo nada.

—¿Quieres que volvamos?

—No —contestó con decisión.

Zane sonrió y chasqueó la lengua a su montura. Sam se apresuró a colocarse al lado de la yegua. Al cabo de un rato, se pararon para admirar una pradera florida en la que estaba pastando un grupo de vacas.

—Mira, ¿es un ciervo? —preguntó Carly entusiasmada.

—Sí, y tiene una cría.

—¿Dónde? No la veo.

—Ahí, a la izquierda, tras el arbusto.

Carly la miró embelesada.

—Es preciosa. Ojalá me hubiera traído la cámara.

—La próxima vez, no te preocupes.

—La próxima vez —musitó Carly encantada de que fuera a haber una próxima vez.

Estuvieron varios minutos observando al ciervo con su cría. Carly pensó que jamás había visto algo así en Los Ángeles.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Siempre que puedo —contestó Zane.

—¿Para ver a los ciervos?

—No —sonrió Zane—. Vengo porque esta tierra es mía.

—¿Ah, sí? ¿No es de Jerry y de Brenda?

—No, este rinconcito es mío.

—¿Y las vacas también?

—No, las vacas son suyas. Les alquilo los pastos. Dentro de un mes o así, tendré dinero suficiente para empezar a construirme una casa.

—Qué maravilla.

—Sí...

—¿Qué tipo de casa te vas a construir?

—No lo sé. No quiero escaleras, eso lo sé. Y un porche, por supuesto. Y una buena chimenea en el salón. Tal vez, otra en el dormitorio principal —contestó mirando al cielo—. Se está haciendo tarde. Tenemos que volver. La señora Clark se debe de estar preguntando dónde estás.

—Sí, supongo que sí —contestó Carly.

Miró el valle de nuevo. No quería irse, pero no había más remedio. Se imaginó una casa blanca de un piso junto a los árboles, con un balancín en el porche y a ella con un niño de pelo negro en el regazo.

Sorprendida por sus pensamientos, parpadeó y siguió a Zane.

CAPÍTULO 4

TE HA gustado el paseo de esta tarde? —le preguntó Brenda. Carly asintió.

Estaban sentadas frente al fuego. Carly miró al bebé que tenía en brazos. Jerald Jason Clark, conocido como J.J., era uno de los niños más guapos que había visto en su vida. Nunca había perdido la cabeza por tener una familia, unos hijos y una casa de valla blanca. No, gracias, ella era independiente, le gustaba su trabajo y su ático y ser soltera en Los Ángeles.

Una, de la razones por las que lo había dejado con Richard había sido porque él le había pedido que dejara de trabajar para quedarse en casa teniendo hijos. Tenía muchos hermanos y quería tener montones de niños a su alrededor.

La madre de Carly, por su parte, había sido ama de casa y había tenido una vida de lo más feliz cuidando de su hogar, de su maridoo y de su hija, pero Carly no quería aquella vida.

Miró al bebé de mejillas sonrosadas que dormía en sus brazos y se preguntó qué se sentiría al tener un hijo. Un hijo con el pelo de Zane...

—¿Qué? —dijo al darse cuenta de que Brenda le había hecho una pregunta.

—¿Dónde estabas?

—Soñando —contestó Carly—. ¿Por qué no está Zane casado?

—Ajá —exclamó su amiga.

—Nada de ajá. Es simple curiosidad. No es feo.

—Creía que estábamos de acuerdo en que es guapísimo.

—Está bien. Es guapísimo. ¿Cómo es que no está casado?

—No lo sé. No habla de su vida privada. Una vez se lo pregunté, pero cambió de tema. Lo único que sé es que las chicas se volvían locas por él cuando competía en los rodeos. Creo que se enamoró perdidamente de una de ellas, pero no sé más. Hasta dónde llegaron o por qué lo dejaron, no lo sé.

Carly asintió. Tampoco importaba, la verdad. Se iba a ir en diez días y no quería nada con él.

En ese momento, entró Jerry, se acercó a Brenda y le puso el brazo en los hombros con naturalidad. Su amiga miró a su marido con adoración y a Carly le dio la impresión de estar de más.

—Voy a darme un relajarte baño de espuma antes de cenar —

dijo entregándoles a J.J.

Después de cenar, Carly fue a los establos a buscar a Zane para preguntarle si podía limpiar a Sam antes de la clase del día siguiente.

No entendía por qué cepillar a un caballo le había gustado tanto, pero así había sido y quería repetir.

Al entrar en el establo, oyó muchas voces. Al acercarse, vio a una docena de vaqueros gritando y aplaudiendo.

Dos de ellos le hicieron sitio para que viera. Al mirar, vio a Zane subido en un potro salvaje.

—¡Lo va a conseguir! —exclamó uno de sus compañeros.

—Cinco por el caballo —apostó otro.

—Diez por Roan Eagle.

Carly se quedó mirando hipnotizada a Zane. Se le había caído el sombrero y estaba sudando, pero tenía un brillo especial en los ojos mientras el animal lo vapuleaba de un lado a otro.

Parecía tan salvaje como el animal al que estaba intentando domar. Aquello no iba a ser cosa de ocho segundos sino de mucho más.

El animal estaba furioso y no dejaba de dar coces intentando derribar al jinete, pero Zane no estaba dispuesto a dejarse tirar. Al final, el caballo agachó la cabeza en señal de rendición y se paró en el centro de la arena.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó uno de los vaqueros—. Es increíble. Por cierto, Red, me debes veinte dólares.

Zane dio un par de vueltas con el caballo y, entonces, la vio. Carly desvió la mirada porque el deseo se había apoderado de ella y temía que él se diera cuenta.

Poco a poco, los hombres fueron desapareciendo y se quedaron solos.

—Ha sido impresionante —le dijo nerviosa.

Zane se encogió de hombros.

—Podrías haberte matado.

—Es parte del trabajo.

—Y te encanta, ¿verdad?

—Sí, me encanta —contestó bajándose de su montura y quitándole la silla.

Carly olió su aroma a polvo y a sudor cuando pasó a su lado. Zane la miró y ella sintió que se le paraba el corazón. El mundo se detuvo.

En lo que se le antojó una eternidad, lo vio maldecir y, por fin, se inclinó sobre ella, la abrazó y la besó con pasión. Cuando

terminó, Carly no tenía aliento.

Zane la miró con una expresión difícil de entender en el rostro, se giró y se fue.

Confundida, Carly lo miró alejarse.

Cuando, al cabo de un rato, volvió a la casa Brenda la estaba esperando.

—He oído que ha habido un buen espectáculo en el establo.

Carly se sonrojó. ¿Los habría visto Jerry besándose?

—¿Qué espectáculo?

—Jerry me ha dicho que Zane ha domado al enorme semental gris que compramos la semana pasada.

—Ah, sí —sonrió Carly—. Ha sido impresionante.

—Ya te dije que Zane era el mejor.

—Lo es —dijo Carly recordando el beso.

—¿Qué tal las clases de equitación?

—Muy bien. La verdad es que me encanta montar a caballo.

—Ya te lo dije —sonrió su amiga—. La semana que viene, si quieres, podemos hacer la excursión del lago que te dije.

—Muy bien.

—Le he dicho a Jerry que quería hacer un día de chicas, así que mañana nos vamos a la ciudad a comer y de compras. Había pensado que el viernes por la noche podíamos ir los tres a cenar por ahí y a bailar un poco al The Cowboy.

—Suena muy bien.

—Me habría gustado que hubiéramos podido estar más tiempo juntas. No sabía que, mientras tú estuvieras aquí, mi suegra no iba a estar. Si no se hubiera ido a Boston a conocer a su nuevo nieto, habría podido pasar más tiempo contigo.

—No te preocupes. Sé cuidarme solita. Cuando me aburra, ya te lo diré.

—A ver si consigo convertirte en una vaquera.

—No creo. Para tres semanas es divertido, pero en tres meses me habría vuelto loca.

—Ya lo veremos —sonrió Brenda—. Pueden pasar muchas cosas.

—Buenas noches, Celestina —dijo Carly subiendo las escaleras.

—Que sueñes con los angelitos —le deseó Brenda.

Carly miró a su amiga y enarcó las cejas. Ambas sabían con quién iba a soñar.

La risa de Brenda la acompañó hasta arriba.

Dallas era mucho más grande que Twisted River. Como le había dicho Brenda, había muchos centros comerciales con las mismas tiendas que en otras capitales.

Salir de compras con su amiga siempre había sido divertido y Carly se lo pasó en grande, pero no podía parar de pensar en Zane.

Desde luego, le había dado fuerte. Apenas lo conocía, pero su imagen la acompañaba todo el día y parte de la noche.

Como sabía que iban a salir a bailar al día siguiente, se compró una falda indiana, una blusa sin hombros y un abriguito. Además, se compró también unas botas para montar.

—Deberías comprarte un sombrero —sugirió Brenda dándole uno color crema—. Este es precioso.

—Nunca me han gustado los sombreros.

—Pues este te queda muy bien.

Carly se miró en el espejo. ¿Qué le parecería a Zane?

—Muy bien, me lo llevo —contestó.

Al terminar las compras, se sentaron en una heladería a tomar algo.

—El jueves que viene vamos a dar una fiesta. Jerry cumple treinta y tres años, así que vamos a hacer bizcochos y helados y, luego, vamos a hacer una caravana.

—Qué divertido.

—Sí, te va a encantar, ya verás. Jerry no se espera una fiesta un jueves.,Quiero que sea una sorpresa.

—¿Quién va a ir?

—Amigos y vecinos.

Carly asintió. ¿Y los empleados?

—¿Me ayudas a decorar la casa? Jerry va a estar fuera todo el día porque tiene cosas que hacer en la ciudad. Había pensado poner guirnaldas, globos y esas cosas.

—Claro. ¿Quieres que te haga una tarta?

—Ay, sí, genial.

Antes de volver a casa, Carly quiso entrar en una tienda a comprar un regalo para Jerry. Para cuando llegaron al rancho, era de noche. Carly miró hacia el establo por si veía a Zane, pero las luces estaban apagadas y no había ni rastro de él. «Mañana», pensó.

A la mañana siguiente, se despertó tarde. Se vistió a toda velocidad, sus botas nuevas incluidas, y bajó a la cocina.

—Buenos días —dijo Brenda con J.J. en brazos—. Hay tontitas en la nevera.

—No, gracias, no tengo hambre. Sólo voy a tomar café —contestó Carly sentándose—. ¿Te puedo ayudar en algo hoy?

—No seas tonta. No te he invitado para que vengas a trabajar.

—Ya lo sé, pero me siento mal por no echar una mano.

—No digas tonterías y vete ya.

Carly se bebió el café y se levantó de la mesa.

—Hasta luego.

Al llegar a los establos, no vio a Zane por ninguna parte y tampoco había otro vaquero al que le pudiera preguntar, así que no tuvo más remedio que volver a casa a ayudar a Brenda.

Quisiera su amiga o no, era lo único que podía hacer.

The Cowboy era un bar de country que estaba en el centro del pueblo. Al entrar, Carly se fijó en las parejas bailando.

Había mesitas alrededor de la pista de baile y una barra enfrente. Las paredes estaban cubiertas con aparejos de rancho y pistolas antiguas.

—Por aquí —dijo Jerry.

Brenda y Carly lo siguieron a una mesa situada en un rincón.

Una camarera con vaqueros negros, camiseta blanca y botas blancas apareció a los pocos minutos para tomarles nota de lo que iban a tomar.

—Un whisky solo —pidió Jerry—. ¿Tú quieres un martini, Bren?

—No, un zumo de naranja.

—¿Y tú, Carly?

—Un 7UP

—¿No vais a beber nada?

—Ya sabes que, mientras le esté dando el pecho a J.J., no —le recordó Brenda.

—¿Y cuál es tu excusa, Carly?

—Ninguna. Nunca he bebido.

Jerry pagó las consumiciones y agarró a su mujer de la mano.

—Vamos a bailar, cariño.

Brenda sonrió a su amiga y siguió a Jerry. Carly los observó y le dio las gracias a la camarera cuando les llevó las bebidas. Mientras se tomaba su refresco, miró a su alrededor. El local estaba lleno.

Se puso nerviosa cuando un hombre alto y rubio fue hacia ella.

—¿Quiere bailar, señorita? —le dijo tendiéndole la mano.

El primer instinto de Carly fue decir que no, pero se dijo que había ido a pasárselo bien y que debía aprovechar.

Sonrió y le dio la mano.

—Es la primera vez que la veo —dijo el hombre una vez en la pista de baile.

—Es que es la primera vez que vengo.

—Supongo que será por eso —sonrió él—. Me llamo Russ Stafford.

—Carly Kirkwood.

—Encantado, Carly.

—Lo mismo digo.

Mientras bailaban, siguieron hablando. Russ tenía treinta y dos años, era abogado en una empresa, estaba divorciado y tenía dos hijos, una niña de once y un niño de nueve.

Le estaba hablando de sí misma cuando vio una silueta conocida que iba hacia ella. Notó que le latía el corazón aceleradamente cuando Zane le dio una palmadita a su pareja de baile en el hombro.

—Gracias por el baile —se despidió Russ.

Carly asintió y se encontró en brazos de Zane.

—No esperaba verte aquí —le dijo.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Zane sonrió.

—Un hombre no puede pasarse toda la vida rodeado de caballos y vacas, ¿sabes?

Russ también le había sonreído, pero no había sentido nada. Con Zane era diferente. El corazón le había dado un vuelco y le costaba respirar.

—Además, Jerry me dijo que ibais a venir —confesó Zane.

Carly sintió que se le aceleraba el pulso. No era una coincidencia que se hubieran encontrado en el bar. Había ido por ella.

—Estás muy guapa —le dijo apretándola un poco más contra su cuerpo.

—Gracias —contestó Carly sintiéndose como si llevara un conjunto de Dior.

Bailaron sin parar hasta que Jerry les anunció que se iban.

—Gracias, me lo he pasado muy bien —le dijo Carly a Zane mirándolo a los ojos.

—¿Te puedo llevar a casa?

—No sé...

—Sí, hombre, sí —intervino Brenda golpeando a su marido en las costillas disimuladamente—. A nosotros no nos importa, ¿verdad, Jerry?

Jerry se encogió de hombros.

—Claro que no —sonrió—. Buenas noches.

Mientras subía a la furgoneta de Zane; Carly se dio cuenta de que estaba nerviosa. Una cosa era montar a caballo con él y otra estar en un coche con él. Al fin y al cabo, sólo hacía unos días que lo conocía.

Una vez en la carretera, Carly intentó buscar un tema de conversación, pero no lo consiguió. Sólo podía pensar en el hombre que tenía a su lado, que olía a caballos, a cuero, a heno y a aftershave.

Observó su perfil. Era demasiado guapo. Demasiado atractivo. Y

le estaba empezando a gustar demasiado.

De repente, Zane paró el coche y apagó el motor.

A Carly no le dio tiempo de decir nada.

En un abrir y cerrar de ojos, se encontró en sus brazos.

—Llevaba queriendo besarte desde la última vez que lo hice —sonrió—. Ya no podía más.

Carly se quedó mirándolo temblando. ¿Dónde habría aprendido a besar aquel hombre?

—Yo, también —contestó besándolo.

—Vaya —musitó Zane preguntándose dónde habría aprendido a besar aquella mujer:

Había besado a muchas mujeres. De hecho, cuando competía en el rodeo, se las tenía que quitar de encima.

Había estado con mujeres de todos los tipos, jóvenes, mayores, casadas, divorciadas, guapas y feas, pero ninguna lo había besado así.

Justo cuando iba a volver a besarla para asegurarse de que no estaba soñando, vio unas luces en el retrovisor y oyó la bocina de otra furgoneta.

Se sintió como un adolescente pillado en plena faena.

—Eh, ¿qué tal? —dijo Brenda asomándose por la ventanilla—. ¿Qué hacéis aquí?

—¿Y a ti qué te importa? —le contestó a su amiga maldiciendo el momento.

¡Brenda no iba a parar de tomarle el pelo después de aquello!

—Eh, Carly Kirkwood, ¿qué diría tu madre si se enterara?

—¿Por qué no vas a casa y la llamas para contárselo? —sonrió.

—Vaya, ¿queríais estar solos? —preguntó Brenda llevándose una mano al corazón.

En ese momento, llegó Jerry.

—Lo siento, Zane. Me ha hecho parar.

Zane levantó las manos.

—Despídete, Brenda —dijo Jerry.

—Buenas noches —dijo Brenda—. No tengáis prisa por volver a casa.

Carly se quedó mirando su furgoneta mientras se alejaba en la oscuridad. ¡Maldita Brenda! ¿Con qué cara iba a mirar ahora a Jerry y a Zane?

—No me pillaban besando a una chica desde los catorce años —sonrió Zane—. Será mejor que nos vayamos a casa.

—Sí —contestó Carly haciéndose la dura—. Lo mismo pienso yo.

—Ya hemos llegado —anunció Zane parando el motor.

—Gracias. Me lo he pasado muy bien. Bailando —se apresuró a añadir.

Zane asintió.

—Yo, también —contestó sabiendo que ninguno de ellos se refería en realidad a los bailes.

—¿Nos vemos mañana?

—No lo sé. Tengo que ir al extremo sur del rancho para asegurarme de que no hay nada bloqueando el paso del agua.

—Ah —dijo Carly decepcionada—. Muy bien. Bueno, creo que Brenda quería que fuéramos de compras de todas formas.

—Si quieres, puedes venirte conmigo.

Carly sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Me encantaría.

—Está lejos, te lo advierto.

—¿Cuánto?

—Un par de horas.

—No sé si tendría que hablar con Brenda primero por si acaso...

—Como quieras —dijo Zane bajándose para abrirle la puerta—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Zane la tomó entre sus brazos y la volvió a besar con fuerza.

A Carly no le dio tiempo ni a reaccionar y ya se había ido tras maldecir.

Zane dio un puñetazo en el volante. No tendría que haberla vuelto a besar jamás. Estaba jugando con fuego y se iba a quemar tarde o temprano. ¿Y cómo se le había ocurrido invitarla a acompañarlo al día siguiente?

¿Y qué iba a hacer si se presentaba en el establo? No quería problemas con una mujer. Ya había tenido suficientes.

Bueno, tenía que volver a Los Ángeles en una semana y media. Entonces, terminarían sus problemas.

Carly se quedó mirando las luces traseras de la furgoneta de Zane.

Entró en casa en silencio rezando para que Brenda y Jerry se hubieran ido ya a dormir, pero no hubo suerte:

Brenda estaba sentada en el sofá con J.J. en brazos.

—No digas nada —dijo Carly. Brenda se rió.

—Lo siento, sé que no ha estado bien, pero no he podido resistir la tentación. ¿Me perdonas?

—No —contestó Carly sentándose a su lado—. ¿Y Jerry?

—Ha ido a llevar a la canguro a casa. No cambies de tema.

—Brenda.

—Parece que os estáis conociendo, ¿eh?

—¡Brenda! Por Dios, sólo ha sido un beso.

—Sólo un beso, ¿eh?

Carly suspiró.

—Oh, Bren, no me han besado así en la vida —confesó.

—¿A que soy una buena Celestina?

—¿Me invitaste por él? —Bueno, no sólo por él.

—¡Oh, Brenda! —exclamó Carly sonrojándose—. ¿Lo sabe él?

—Claro que no.

—¿Me lo juras por Snoopy?

—Te lo juro por Snoopy. Zane es un hombre maravilloso. Pensé que os podría ir bien juntos aunque sólo fuera un par de semanas. Así, de paso, te veía. Así que besa bien, ¿eh?

—Muy bien. Debe de tener mucha experiencia.

—Desde luego, en el tiempo que lleva aquí, no. No sale mucho. Me ha sorprendido mucho verlo esta noche en el The Cowboy.

Carly se sintió en la gloria.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

—Me temo que demasiado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque su vida está aquí y la mía, en Los Ángeles.

—¿Y si te gustara la vida aquí?

—¿Estás loca? No intentes convencerme, Brenda. Me gusta la vida que llevo, soy feliz, y no tengo intención de venirme a vivir al campo. Ni si quiera por el señor Roan Eagle.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Me voy a la cama. Hasta mañana.

«Mañana», pensó mientras subía las escaleras.

Zane la había invitado a pasear con él a caballo. ¿Debía ir? Seguro que a Brenda no le importaría que no fuera de compras con ella conn tal de que estuviera con él. Sacudió la cabeza.

¿No sería mejor ignorarlo a partir de aquel mismo momento? Cuanto más lo viera, más le iba a costar irse. Era absurdo.

Decidió pasar el día siguiente con Brenda.

CAPÍTULO 5

CARLY abrió un ojo porque el gallo insistió en irrumpir en sus sueños. ¡Y qué sueño tan maravilloso había tenido! Zane había estado besándola toda la noche...

¡Zane! ¿Se habría ido ya?

Se levantó a toda prisa. Aquello de no volver a verlo había sido una gran tontería y se evaporó en un abrir y cerrar de ojos.

Se apresuró a vestirse, se hizo una coleta y bajó las escaleras a la carrera. Al entrar en la cocina, saludó a Brenda y se sirvió una taza de café.

—Tienes prisa, ¿eh?

—Un poco. Me voy a montar a caballo con Zane. Creo que vamos a volver tarde, así que no, me esperéis para cenar.

—¿No llevas sombrero?

—Me lo he dejado arriba.

—Toma el mío.

—Gracias, Bren.

—Pásatelo bien.

Carly se puso el sombrero de su amiga y corrió hacia el establo. Una vez allí, vio que había varios vaqueros, pero ni rastro de Zane.

—¿La puedo ayudar en algo, señorita?

—Estaba buscando a Zane.

—Eh, Tomas, ¿dónde está el jefe?

—Hola, señorita, ha dejado dicho que le digamos que lo siente mucho, pero que ha tenido que irse, que la verá luego.

—Gracias —contestó Carly.

Decepcionada, los vio partir para comenzar su jornada de trabajo. Una vez a solas, se paseó entre los caballos. Saludó a Sam y se dio cuenta de que estaba ensillado, listo para montarlo.

¿Por qué no? No iría muy lejos.

Hacía un día precioso, el cielo estaba despejado y la hierba se mecía al ritmo de la brisa.

Sonrió encantada y acarició a Sam.

Aquello de cabalgar sola daba una gran sensación de paz.

Intentó no perder de vista la casa en ningún momento, pero siempre que decidía darse la vuelta aparecía algo nuevo. Un pájaro bebiendo en el arroyo, unas flores que nunca había visto, un halcón en busca de una presa, una vaca con su ternero...

Vio un rebaño de caballos salvajes y le parecieron maravillosos. Sam los olió y levantó la cabeza.

—Tranquilo —le dijo Carly al ver que Sam aceleraba el paso.

Un semental del rebaño fue directamente a por ellos y a Carly no le gustó su actitud. Por lo visto, a Sam tampoco porque se dio la vuelta y salió corriendo.

Carly se agarró con fuerza y, cuando vio que no los seguían, lo hizo parar. ¡Menos mal!, Lo malo era que también habían perdido de vista el rancho.

Zane llegó al rancho pasadas las cinco después de un duro día de trabajo ayudando a Gallagher.

Al entrar en los establos, vio que había cierto revuelo y preguntó qué pasaba.

—La invitada de los Clark ha desaparecido —lo informaron.

—¿Cómo?

—Parece que sacó a Sam esta mañana y todavía no ha vuelto.

Zane juró en arameo hasta que oyó la voz de Brenda.

—¡Zane! ¡Menos mal! ¿Dónde está? ¿Está bien? —dijo corriendo hacia él.

—No lo sé. Yo he estado fuera todo el día. Acabo de volver.

—Pero esta mañana me dijo que iba a salir a montar contigo.

—Sí, habíamos quedado en eso, pero esta mañana muy temprano vino Nolan a decirme que las vallas de Cougar Canyon se habían caído, así que Gallagher y yo nos hemos pasado el día arreglándolas.

Brenda, asintió. Grant Nolan era su capataz.

—¿Dónde puede estar?

—No te preocupes —dijo Jerry—. La encontraremos. Charlie, Gallagher y tú id hacia el sur. Tomas y yo iremos al este. T.J., Poteet, id al Craggy Poing. Zane...

—Yo iré a Cross Creek —dijo Zane sin esperar órdenes ni permisos.

No quería que nadie le hiciera perder tiempo.

—Bren, si aparece, da tres tiros al aire —le dijo su marido.

—¡Daos prisa! —exclamó Brenda angustiada.

Zane ensilló otro caballo de refresco y salió cabalgando al galope rezando para que no le hubiera ocurrido nada.

¿Dónde, se habría metido?

Carly hizo parar a Sam junto a unos pinos.

Estaban perdidos.

Intentando no sentir pánico, miró a su alrededor y se preguntó si debería quedarse donde estaba o seguir intentando encontrar el camino de regreso.

Le parecía recordar que había leído que, en esos casos, lo mejor era esperar a que llegara la ayuda.

Desmontó y llevó a Sam a beber a un arroyo. Tras beber ella también, estiró un poco las piernas. Llevaba horas montando.

Seguro que Brenda se había dado cuenta de lo que había pasado. Seguro que habían salido a buscarla. Sólo tenía que esperar.

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Tenía hambre y frío.

Se acercó a Sam y lo acarició. Menos mal que no estaba sola.

El cielo se fue oscureciendo y Carly se sintió cada vez más pequeña y vulnerable. Ruidos que en otros circunstancias no la habrían molestado, comenzaron a hacer mella en sus nervios y las sombras se le antojaban de formas maléficas.

—Vendrán a buscarme —musitó una y otra vez.

Zane había encontrado las huellas de Sam al salir del rancho, pero las había perdido poco después y, a oscuras, era imposible verlas.

¿Cómo demonios se le habría ocurrido a Carly salir sola a cabalgar? ¡Sólo había dado unas cuantas clases!

Jamás se perdonaría que le hubiera pasado algo.

Paró a su caballo y escuchó.

Su abuelo le había enseñado hacía muchos años a leer las señales de la tierra y del cielo, pero también a escuchar a la voz interna que tenía, como toda criatura de la Naturaleza.

Zane sabía que el halcón era su tótem. El chamán le había dicho que el halcón era percepción, concentración y protección. El hombre guiado por un halcón era fuerte y observador. Además, le confería cierto poder visionario.

Era ese poder el que Zane necesitaba en aquellos momentos.

Y, de repente, lo vio claro. Debía ir al manantial en el que solían beber los caballos salvajes, así que guió a su caballo hacia el noreste.

Carly se sentó en la hierba y apoyó la cabeza en las rodillas.

—Vendrán —murmuró poco convencida. Decidió pasar la noche allí e intentar volver al
rancho al día siguiente.

La despertó un silbido. Se puso en pie rápidamente creyendo que

lo había soñado, pero lo volvió a oír.

Sam también y relinchó.

Un minuto después, vio una silueta oscura que iba hacia ellos. El pánico se apoderó de ella durante un segundo, pero al ver que era un caballo con un jinete se sintió la persona más afortunada del mundo.

—¡Zane! ¡Oh, Zane!

—¿Estás bien? —le preguntó él abrazándola.

—Sí.

—¿Seguro?

Carly asintió.

—¿Cómo demonios se te ocurre salir sola? —le espetó Zane iracundo.

Carly se apretó contra su pecho avergonzada.

—Solo quería dar un paseo pequeño por los alrededores del rancho, pero poco a poco, sin darme cuenta, me he ido alejando y, luego, nos encontramos con un grupo de caballos salvajes y el líder...

—Asustó a Sam —concluyó Zane.

—Sí.

—Voy a tener que enseñarte a orientarte por la luna y las estrellas.

—Sí...

Zane la besó con dulzura, haciéndola sentir a salvo.

—Zane...

—Estoy aquí —dijo besándola de nuevo.

Carly se apretó contra su cuerpo y se sintió en la gloria, pero Zane la apartó.

—Lo siento, pero tenemos que volver. La señora Clark está muy preocupada.

Al llegar, Brenda salió corriendo a abrazarla y, tras despedirse de Zane y quedar con él para ir a cabalgar el lunes, entró en la casa dispuesta a cenar.

Brenda le puso un gran plato de espaguetis y una taza de café y Carly dio buena cuenta de todo mientras le contaba cómo se había perdido.

—Menos mal que no te ha pasado nada —suspiró Brenda—. ¿Qué les habría dicho a tus padres?

—No seas exagerada —rió Carly

—No te rías —le reprendió su amiga—. No tiene gracia. Estamos en una zona donde hay serpientes, lobos y coyotes.

—E indios —murmuró Carly.

—¿Cómo?

—No, nada, que los espaguetis están muy buenos.

El domingo fue a misa con Jerry y con Brenda y, luego, fueron a comer a una cafetería del pueblo.

Aquella tarde, vieron Bailando con lobos y Carly, abrazada a un cojín y tumbada en el suelo, se imaginó que Zane era uno de los guerreros.

Se preguntó dónde estaría, qué estaría haciendo y deseó que estuviera allí con ella, viendo la película. Así podría tener su opinión sobre la veracidad de los hechos.

«Mañana», se dijo sonriente.

CAPÍTULO 6

EL LUNES por la mañana, tras un rápido desayuno, Carly tomó la cámara de fotos y su sombrero nuevo y corrió al establo. Al llegar, vio al capataz dando órdenes a sus

hombres. Miró a su alrededor y no le costó mu

cho ver a Zane. Era el más alto y el más fuerte.

Se acercó a él intentando disimular su nerviosismo porque, aunque no quería que se le notara, estaba encantada de ir a pasar un día entero con él.

Al verla, se despidió de los demás y fue hacia ella.

—Buenos días —sonrió.

—Hola —contestó Carly.

Se hizo entre ellos un calor intenso que le recordó a Carly los besos que habían compartido. Zane le miró los labios. ¿Estaría recordándolo él también?

—Vamos, te voy a ensillar un caballo —dijo.

Carly lo siguió y lo observó mientras Zane sacaba a una preciosa yegua de su cuadra y la cepillaba y ensillaba para ella.

—¿Y Sam?

—Es perfecto para aprender a montar, pero

está viejo y es lento para un paseo tan largo. —Ah —dijo Carly sintiendo cierta aprensión. —Monta —le indicó Zane—. ¿Qué tal? —añadió ajustándole la silla.

—Perfectamente —contestó Carly sintiendo un cosquilleo por todo el cuerpo cuando sus miradas se encontraron.

Zane se giró y montó a su caballo.

—¿Lista?

Carly sintió mariposas en el estómago, pero asintió. No quería que Zane se diera cuenta de que estaba nerviosa por montar a otro caballo que no fuera Sam.

—¿Cómo se llama? —le preguntó una vez fuera.

—Queenie.

Carly se echó hacia delante y le acarició el cuello a la yegua.

—Hola, Queenie —la saludó.

Pronto el rancho quedó atrás y Carly se dedicó a disfrutar el espléndido paisaje y del perfil de su guapísimo acompañante.

—¿De qué tribu eres? —le preguntó de repente. Zane la miró con una ceja enarcada. —Perdón...

—No, no pasa nada. Ya estabas tardando en preguntarlo. La gente suele hacerlo antes. Soy un lakota.

—Creía que los Sioux vivían en Dakota del Sur y en Montana. ¿Cómo has llegado tú a Texas?

—No lo sé —gruñó Zane.

—¿Tienes familia en Dakota del Sur?

—Sí, mi madre, mi padre, mis tías, mis tíos, mis primos, mis sobrinos, todos.

—¿No tienes hermanos?

—Tenía uno, pero murió el año pasado.

—Oh, lo siento.

—¿Y tú?

—Mis padres viven en Tucson y mi hermana está casada con un piloto y viven en Washington DC.

—Y tú, en los Los Ángeles, ¿no? ¿Te gusta?

—Mucho. A ti, no, ya lo sé —dijo recordando la conversación que habían tenido días antes.

Carly no lo podía entender. ¡Los Ángeles tenía de todo!

—En las ciudades esto no existe —apuntó Zane abriendo el pecho y abarcando el paisaje con los brazos.

Aquello era indiscutible, así que Carly no dijo nada. En Los Ángeles, casi todas las colinas estaban siendo construidas y había casas muy parecidas por todas partes, todas muy pegaditas unas a otras.

También estaban construyendo autopistas y los centros comerciales proliferaban como champiñones.

Zane se paró a la sombra de un árbol centenario.

—¿Para qué te paras? —le preguntó Carly.

—Por si querías descansar.

—No, estoy bien —contestó ella acariciando a Queenie.

—Me dijiste que te dedicabas a diseñar páginas web, ¿no?

Carly asintió.

—¿Y te gusta?

—Sí, no da mucho dinero, pero me gusta.

—¿Y eso de estar todo el día sentada delante de una pantalla no es un poco aburrido? —aventuró Zane.

—Veo que tú no tienes ordenador.

—¿Quién? ¿Yo? No me serviría de mucho.

—Claro que sí. Te serviría para utilizar el correo electrónico y estar en contacto con la gente.

—¿Con qué gente?

—Con tu familia, por ejemplo —contestó Carly. «Y conmigo», añadió mentalmente.

—Prefiero el contacto directo —dijo Zane desmontando y yendo

hacia ella.

—No está mal tampoco —contestó Carly tragando saliva mientras la ayudaba a bajar de Queenie.

—El contacto personal es lo mejor —insistió Zane mirándola a los ojos sin quitarle las manos de la cintura.

—Estoy de acuerdo —dijo Carly mirándose en sus enormes ojos negros.

—Un ordenador no puede mandar este mensaje —dijo Zane besándola.

A Carly se le antojó que aquello era como sumergirse en chocolate caliente. Era irresistible, así que no se resistió. No había motivo para hacerlo.

Se besaron con pasión, pero Zane se apartó al cabo de un rato.

—Lo siento, pero tengo que trabajar. Carly sonrió y montó a Queenie.

Zane estuvo tentado de ayudarla, pero no lo hizo porque no sabía si iba a ser capaz de controlarse si la volvía a tocar.

Era absurdo. Estaba jugando con fuego. No debía tener una relación ni con ella ni con ninguna otra mujer hasta haber arreglado su vida.

Carly hizo un par de buenas fotografías de Zane sin que se diera cuenta. También del paisaje y de los animales, por supuesto.

Mientras cabalgaban, lo miró de reojo y se preguntó cómo estaría vestido de indio, con plumas y todo.

De pronto, él se giró.

—¿Qué pasa?

—Nada —contestó Carly.

—¿Cómo que nada? ¿Por qué me estás mirando, entonces, como si fuera un extraterrestre?

—Por nada, de verdad.

—Venga, no me voy a dar por vencido, te lo aseguro, así que cuéntamelo.

—Bueno... eh... estaba intentando imaginarte con... plumas y flechas y esas cosas.

Zane sonrió divertido.

—¿Me quieres ver así?

—No, no, no he dicho nada.

—Te lo digo porque, de vez en cuando, mi madre insiste para que vaya a alguna fiesta en la reserva y allí vamos vestidos así.

—¿De verdad?

—Claro. Aquí soy un vaquero, pero allí soy un lakota.

—Nunca he estado en uno de esas fiestas indias, pero las he

visto por televisión.

—Ha habido una hace poco.

—Vaya, me habría gustado verte bailar.

—¿De verdad?

Carly asintió encandilada por la idea.

—Bailaré para ti —propuso Zane con voz ronca si tú bailas para mí —añadió acercándose.

Carly se mojó los labios. Sus caballos estaban muy cerca y...

Y, de repente, su yegua salió al galope y se tuvo que agarrar con todas sus fuerzas para no caerse. Zane apareció a su lado en un abrir y cerrar de ojos, la tomó de la cintura y, como en las películas, la pasó a su caballo.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó Carly apoyándose en su pecho—. ¿Qué, ha pasado?

—No estoy seguro, pero creo que le ha picado una avispa.

Carly cerró los ojos. ¡Se podía haber matado por una avispa!

—Vamos a buscar a Queenie.

—¿Cómo la vamos a encontrar?

—No creo que ande muy lejos. En cuanto se haya dado cuenta de que no ha sido para tanto, se habrá parado y estará esperándonos.

Efectivamente, Queenie estaba pastando unos metros más adelante.

Zane se acercó, la tomó de las riendas y la acarició. Carly se montó y el resto del paseo transcurrió sin incidentes. Hasta que llegaron al río, claro, porque allí sí que se produjo un gran incidente.

Nada más llegar, vieron que lo que impedía el paso del agua era una gran rama que había caído sobre la corriente.

Zane se metió en el agua hasta la cintura y, tras atar la rama a su silla, le indicó a Carly que se montara en su caballo y le hiciera tirar.

Todo iba de maravilla hasta que la rama, que era tan grande como ella, se partió por la mitad y salió volando por los aires. La mala fortuna quiso que la mitad que no había quedado atada fuera a parar justamente sobre Zane, que recibió el impacto en la cabeza y cayó al agua.

Horrorizada, Carly azuzó al caballo y llegó a la orilla justo a tiempo de sacarlo del agua.

—Te lo estás pasando bien, ¿eh? —bromeó él con un buen golpe en la frente.

—¿Estás bien? —le preguntó ella preocupada.

—Preciosa, no es la primera vez que me golpeo en la cabeza.

¿No ves lo grande que la tengo?

—No bromees. ¿Estás bien?

—Sí —contestó Zane tocándose la herida—. El golpe me ha hecho perder el equilibrio y me ha arrastrado la corriente.

Carly lo ayudó a levantarse temerosa de que hubiera sufrido algún golpe interno, pero parecía estar bien.

—Vaya, he perdido el sombrero —masculló Zane pasándose las manos por el pelo.

Acto seguido, se escurrió los vaqueros como pudo y se quitó la camisa y los guantes para ponerlos a secar sobre una piedra.

Carly intentó no mirar, pero fue imposible. Aquel hombre tenía un físico impresionante y tuvo que controlarse para no alargar los brazos y tocarle los bíceps.

—¿Tienes hambre? Cookie nos ha preparado un par de sándwiches y un termo de café y no sé si algo más.

—Eso suena bien —contestó Carly.

Zane sacó la comida, ató a los caballos y se sentaron en un lugar sombreado. A Carly le tocó un sándwich de carne, queso, cebolla, lechuga, tomate y aguacate que tenía una pinta deliciosa.

—Este sándwich es para dos personas —apuntó.

—Qué va —contestó Zane.

—Te gusta comer, ¿eh?

—¿Se nota? ¿Tú eres de esas mujeres que siempre están a régimen?

—No, yo me como todo lo que veo.

Zane paseó la vista por su cuerpo delgado y esbelto.

—Cualquiera lo diría —comentó.

—Gracias por el cumplido —contestó Carly mirándolo también de arriba abajo—. Tú tampoco estás nada mal.

—Muchas gracias —rió Zane.

¿Cuánto tiempo hacía que no se reía con una mujer?

—Me gustan las chicas con apetito.

—Entonces, has dado con la adecuada —le aseguró Carly dándole un mordisco a su sándwich.

A Carly le encantaba que Zane sonriera a menudo. Además, tenía sentido del humor, algo de lo que Richard había carecido por completo, y parecía sincero. Richard, desde luego, no lo había sido. Le había dicho que estaba divorciado cuando, en realidad, seguía viviendo con su mujer, ¡que estaba embarazada!

No se podía creer que hubiera perdido tres años de su vida con aquel canalla. ¿Cómo no se había dado cuenta jamás de que le estaba mintiendo? Pensar en ello le hervía la sangre.

Tomó aire para tranquilizarse y se deleitó mirando a Zane. El sol le acariciaba la piel y deseó poder hacer ella lo mismo.

Zane se terminó el primer sándwich y abrió otro.

—¿Quieres la mitad? —le preguntó.

—Todavía estoy con este —contestó Carly.

¿Cómo iba a pensar en comer cuando tenía a un hombre desnudo de cintura para arriba delante de ella?

—Pues más te vale darte prisa.

—Te doy mi mitad —le ofreció Carly.

—Prefiero que me des otras cosas.

Carly se quedó mirándolo y quiso decirle «Yo, también», pero no encontraba las palabras.

Zane se inclinó sobre ella, pero se apartó y sacudió la cabeza. ¿Qué demonios estaba haciendo? Había sido una locura llevarla con él. Cuanto más tiempo pasara con ella, más la iba a echar de menos cuando se fuera.

Se moría por hacer el amor con ella, pero sabía que no podía ser. Si lo hiciera, no podría dejarla partir. A pesar de que se atraían físicamente, no tenían nada en común. Seguramente ella estaría buscando sólo una aventura de verano, divirtiéndose con la novedad de haber conocido a un indio.

Así tendría albo que contarles a sus amistades una vez en Los Ángeles. Gruñó levemente. ¿Qué le encontraría la gente de bueno a vivir en una ciudad?

Se le había quitado el,apetito, así que dejó el sándwich, se levantó y se alejó. ¿A qué demonios estaba jugando? La última vez que había hecho aquello, su vida se había visto completamente patas arriba y le habían quedado unas responsabilidades para las que no estaba preparado.

Carly frunció el ceño. ¿Qué había pasado? Envolvió lo que le quedaba de sándwich en el plástico y guardó la comida en la bolsa. Quería ir tras él y preguntarle qué le había pasado, pero se quedó sentada observándolo mientras acariciaba a su caballo.

Al cabo de unos minutos, Zane se puso la camisa y se metió los guantes en el bolsillo trasero de los vaqueros. Tras ajustar las sillas de ambas monturas,, se acercó a Carly.

—¿Nos vamos?

Ella asintió levantándose y limpiándose los pantalones. Tras montar a Queenie, hizo un par de fotografías y siguió a Zane hasta el rancho en silencio.

—¿Qué tal el paseo? —le preguntó Breada al llegar.

Carly se dejó caer en una butaca del salón.

—Bueno...

—¿No te lo has pasado bien?

—Sí y no. Todo iba bien, pero, de repente, Zane... no sé.

—Lo siento.

—No pasa nada. ¿Y tú qué tal?

—Todo el día ocupada con el pequeño, pero bien.

Carly asintió.

—¿Tienes hambre? —le preguntó su amiga.

—No, no te preocupes. Ya me haré algo luego. Ahora, me voy a ir a dar un baño de espuma. Estoy muerta.

—Montar a caballo cansa mucho —apuntó Breada.

—Desde luego —sonrió Carly.

Una vez en el baño, mientras la bañera se llenaba, se preguntó qué estaría haciendo Zane y si lo iba a volver a ver al día siguiente.

Suspiró y se dijo que daba igual, que se iba a Los Ángeles a la semana siguiente y que no lo iba a volver a ver.

De alguna manera, aquello no hizo sino hacerla sentir peor.

—Deja de meterte, Breada. No es asunto tuyo.

—Pero es que están hechos el uno para el otro —contestó Breada tapando al bebé.

Jerry negó con la cabeza.

—¿Cómo dices eso? Carly es blanca y Zane es indio. Carly es de ciudad, y él es un vaquero. Carly lee el Cosmopolitan y él El periódico del ganado. No tienen nada en común.

—¿Y yo no soy acaso una chica de ciudad y tú un vaquero?

—Sí, pero eso es diferente.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Porque Zane es un lakota?

—En parte, pero no. No creo que Carly fuera feliz aquí y estoy seguro de que él jamás se iría de aquí.

—¿Por qué no? ¿Quién sabe?

—Zape tiene responsabilidades aquí que tú no sabes.

—¿A qué te refieres?

—No te lo puedo contar. Se lo prometí. Ni a ti ni a nadie.

—Creí que uno no puede tener secretos con su mujer.

—Y no los tengo. Este secreto no es contigo sino con Zane.

Breada no insistió.

—Bueno, pues no me lo digas —susurró.

—No te preocupes por Carly —dijo Jerry abrazándola—. Preocúpate mejor por mí —añadió besándole en el cuello—. Necesito que me prestes atención.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tipo de atención necesitas, vaquero?

—Ven al dormitorio y te lo digo —contestó Jerry.

CAPÍTULO 7

TENGO que ir a la ciudad —anunció Breada a la mañana siguiente—. ¿Quieres venirte conmigo?

Carly negó con la cabeza. No le apetecía ir a ningún sitio. Se había pasado toda la noche dando vueltas, pensando en qué había pasado con Zane. ¿Habría hecho o dicho algo que lo hubiera molestado?

—¿Te pasa algo, Carly?

—No.

—¿Seguro?

—Sí, sí, de verdad. ¿Quieres que me quede yo con J.J.? No me importa cuidarlo.

—Gracias, pero me lo voy a llevar. Le tengo que comprar unas cosas. ¿Quieres que te traiga algo?

—Unas chocolatinas.

—Muy bien, no tardaré en volver —dijo Breada mirando preocupada a su amiga y yéndose.

Carly suspiró. Debería haber ido con Breada porque no habían pasado mucho tiempo juntas, peor no iba a ser buena compañía.

Se asomó a la ventana de la cocina y miró hacia los establos.

Había varios vaqueros trabajando y el corazón le dio un vuelco cuando vio a Zane llevando al redil al enorme semental gris de unos días atrás.

Era una maravilla verlo. Podría pasarse el día entero observándolo. ¿Le importaría que fuera a reunirse con él? ¿Se alegraría de verla?

Era innegable que entre ellos había una fuerte atracción. ¿No habría exagerado la reacción de Zane del día anterior?

Se quedó otros cinco minutos mirándolo y, al final, tras mucho pensárselo, salió por la puerta de atrás dispuesta a averiguar qué había entre el señor Zane Roan Eagle y ella.

Zane intuyó su presencia antes de verla. Sonrió.

Se sentó muy recto e intentó apartarla de sus pensamientos porque debía concentrarse en el caballo que estaba domando.

Un ruido repentino asustó al animal, que se movió incómodo.

—Tranquilo, tranquilo —le dijo Zane acariciándole el cuello.

Le hizo trotar un rato, siempre al tanto de que Carly no le quitaba el ojo de encima. No esperaba verla después de cómo la había tratado el día anterior. Había pensado incluso en pedirle perdón por escrito, pero no lo había hecho para no tener que entregarle la nota.

¿Por qué empeñarse en una relación que no tenía futuro?

Cuando Carly, que estaba apoyada en un árbol, fue hacia él, sus miradas se encontraron y ambos sintieron una descarga eléctrica. En ese momento, Zane supo que quería estar con ella, que no podía dejarla marchar.

Chasqueó la lengua y se acercó a ella. Carly lo miró con preocupación y Zane se odió por haber puesto esa mirada en sus ojos.

—Lo siento —se disculpó.

Carly sonrió y a Zane le pareció que era el sol después de la tormenta.

Desmontó, le entregó las riendas del caballo a otro vaquero y, sin importarle que los vieran, la abrazó y la besó.

—¿Me perdonas?

—Siempre.

—Si alguien me busca, no me has visto —le dijo a Poteet.

—Muy bien —contestó el chico sonriendo.

Estuvieron el resto del día en el lago. Carly se sintió un poco culpable porque Brenda le había dicho que quería llevarla allí, pero estar cerca de Zane lo arreglaba todo.

Se sentía la persona más feliz del mundo. Nunca se había sentido así. No sabía si se podía una enamorar tan rápido, pero lo cierto era que ella amaba todo de Zane Roan Eagle, desde el color de su piel hasta cómo se le arrugaban los ojos cuando sonreía. Amaba su sentido del humor y cómo la miraba, como si fuera la mujer más guapa sobre la faz de la Tierra. Y, sobre todo, amaba la tranquilidad que la invadía cuando estaba entre sus brazos.

No sabía cómo lo había hecho, pero lo cierto fue que Zane tuvo el día siguiente libre también. Comieron en el campo y pasaron la tarde en su tierra.

—¿No tienes que trabajar? —le preguntó Carly tumbada a su lado mientras observaban las nubes.

—Con los caballos no hay horarios, ¿sabes? —contestó Zane besándole la punta de la nariz—. Desde que has llegado, los caballos duermen de día y trabajan de noche.

Carly sonrió encantada.

—Esto es precioso.

—Casi tanto como tú.

Aquello merecía un beso, así que Carly se lo dio y una cosa llevó a la otra y estuvieron varios minutos dejándose llevar por una pasión que iba en aumento.

—Guau —dijo Carly con voz trémula.

—Gracias —contestó Zane poniéndose en pie—. Vamos a refrescarnos un poco —propuso.

Agarrados de la mano, anduvieron hasta el lago. Carly se quitó las botas y los calcetines y metió los pies en el agua.

Zane la observó y la imitó. Al hacerlo, la salpicó.

—¡Lo has hecho adrede! —lo acusó ella.

—Claro que no —se defendió él—. ¡Eso sí que lo he hecho adrede! —añadió tirándole agua con las manos.

—¡Ah! —gritó Carly haciendo lo mismo.

—Te vas a enterar —bromeó Zane corriendo tras ella.

En un abrir y cerrar de ojos, estaban empapados, tirándose agua y riendo como dos críos.

—Gran Jefe merecer beso —dijo Zane al cabo de un rato.

Carly lo besó encantada y juntos salieron del agua para sentarse a charlar en la hierba. Vio un brillo especial en sus ojos mientras Zane hablaba del futuro, de la casa que iba a construir y de los caballos que iba a domar.

Sintió una punzada de dolor espantosa al darse cuenta de que ese futuro lo compartiría con otra mujer.

El jueves por la tarde, Carly ayudó a Brenda a preparar la fiesta sorpresa de Jerry.

—Ojalá te pudieras quedar más tiempo —dijo su amiga.

—A lo mejor, podría pedir una semana más —contestó Carly—. No me había tomado vacaciones desde que empecé con esta empresa.

—Eso sería genial —dijo Brenda entusiasmada—. Mi suegra viene el sábado por la noche. Entonces, podré pasar más tiempo contigo porque me cuidará al niño.

Carly asintió. Así podría estar una semana más con Zane.

La fiesta resultó ser todo un éxito. Tras abrir los regalos y cantarle el cumpleaños feliz, los invitados salieron al jardín para montarse en la caravana.

Carly estaba a punto de subirse al último carro cuando Brenda la llamó y le indicó que los acompañara en el primero.

—¿Lista, señora Clark?

Carly sintió un escalofrío por todo el cuerpo al identificar la voz de Zane. El se giró desde el pescante y le sonrió.

—¡Listos! —contestó Brenda.

Zane chasqueó a los caballos, que comenzaron a correr.

—¿Por qué no te pones delante con él? —le preguntó Brenda a su amiga.

—¿Ya estás otra vez haciendo de Celestina?

—Sí, ¿no te alegras? —sonrió Brenda.

Carly abrazó a su amiga y subió al pescante con su amor.

—Es la primera caravana en la que participo —le dijo—. ¿Te importa que me siente aquí contigo?

—Claro que no, preciosa —contestó Zane muy sonriente.

Fue una experiencia maravillosa avanzar en mitad de la noche, a la luz de la Luna y acompañados por el canto de los grillos, pero lo mejor fue la compañía de Zane.

En un momento dado, alguien comenzó a tocar la guitarra desde otro carro y la gente se puso a cantar.

—¿Tú no cantas? —le preguntó Carly a Zane.

—Sólo en la ducha —sonrió él.

—¿Y por qué no haces como si estuvieras en la ducha? —lo animó.

—¿Quieres que cante?

—Sí —confesó Carly.

Al cabo de unas estrofas, Zane sé atrevió a empezar a canturrear y, tal y como había sospechado Carly, resultó que tenía una voz preciosa.

Era la primera vez que un hombre le cantaba y se sintió completamente enamorada mirándose en sus ojos mientras él le dedicaba una canción de amor.

Fue una pena que todo se terminara y tuvieran que volver al rancho. Zane dejó el carro junto a los establos y puso el freno. Desde el suelo, alargó los brazos para bajar a Carly, pero no la besó.

Cuando Carly oyó la voz de su amiga, recordó que no estaban solos.

—Mañana hay un powwow, una fiesta india y le he pedido el día libre al jefe. ¿Quieres venir conmigo?

—¡Me encantaría! —contestó Carly emocionada.

—Quedamos a las ocho —dijo Zane apretándole la mano—. Me tengo que ir.

Tras despedirse de él, Carly entró en casa, donde Brenda estaba sirviendo café y bollos a los invitados.

—¿Te ayudo?

—No, no hace falta. ¿Te lo has pasado bien?

—¡De maravilla!

Brenda sonrió encantada.

—Jerry me ha dicho que Zane tiene el día libre mañana.

—Sí, me ha pedido que vaya con él al pow—wow. ¿Te importa que vaya?

—Claro que no.

—Me siento un poco culpable. He venido a verte y me paso más tiempo con él que contigo —se lamentó Carly

—No digas tonterías. Te invité para que te lo pasaras bien y parece que lo.estás haciendo. Además, tenemos la semana que viene.

—Claro. Cuando J.J. sea un poco mayor, podríais venir a verme a Los Ángeles.

—Claro que sí —contestó Brenda—. Estábamos pensando en cenar por ahí el sábado después de ir al aeropuerto a recoger a la madre de Jerry. ¿Te quieres venir con nosotros?

—Por supuesto —contestó Carly pensando, sin embargo, en el día que iba a pasar con Zane.

El viernes por la mañana, se despertó muy pronto y muy nerviosa. ¡Iba a una fiesta india con Zane! ¿Bailaría? Ojalá. Se moría por verlo con plumas y pinturas.

Brenda ya tenía preparado el desayuno cuando bajó y, aunque Carly no tenía hambre, se lo comió todo para no hacerle un feo a su amiga.

Tras lavarse los dientes y ponerse una cazadora, llegó a los establos a las ocho y dos minutos. Zane la estaba esperando apoyado en su furgoneta.

—Hola —la saludó—. ¿Lista?

—Sí —contestó Carly sonriente.

—¿Qué te han dicho por venir conmigo? —le preguntó Zane mientras le abría la puerta.

—Nada, que me lo pasara bien. ¿Dónde vamos?

—Al campus del colegio. Vienen músicos y bailarines de diferentes tribus. Te va a gustar, ya verás. Mi madre también va a venir.

—¿Tú vas a bailar?

—Puede —sonrió Zane.

Cuando llegaron, el aparcamiento estaba lleno. Allá donde Carly miraba había indios de todas las edades y se oían los tambores incluso con el motor encendido.

Agarrados de la mano, cruzaron la pradera y se dirigieron a las gradas. Cuando estaban casi llegando para presenciar el baile masculino, se acercó a ellos una mujer alta, vestida con falda de

ante, blusa verde y un colgante turquesa al cuello.

—Cinks, corre, luego te toca a ti.

—Gracias, ina. Te presento a Carly Kirkwood —contestó Zane—. Carly, esta es Irene, mi madre.

Carly se quedó mirando a la otra mujer, que , era guapísima.

—Encantada de conocerla, señora Roan Eagle.

—Sí, lo mismo digo —contestó la mujer mirando a su hijo con cara de pocos amigos—. Zane...

—¿Dónde está neyho?

—Se ha tenido que ir a Georgia.

—Mi padre trabaja como camionero de vez en cuando para una empresa maderera —le explicó Zane a Carly.

—Ah.

—Zane —insistió su madre impaciente.

—Bueno, bueno, ya voy —contestó él—. Carly, quédate con mi madre mientras me cambio —le

indicó.

Carly miró a Irene Roan Eagle y se dio cuenta de que la idea no les había hecho gracia a ninguna de las dos, pero la condujo al campo de fútbol donde estaban bailando.

Las gradas estaban llenas de espectadores. Irene se sentó en una y Carly lo hizo a su lado y se puso a leer un folleto que le habían dado.

A los pocos minutos, anunciaron por megafonía que iban a bailar la danza tradicional de los hombres. Los miembros del grupo de baile llevaban unos atuendos impresionantes y, así ataviado, le costó un poco identificar a Zane.

Llevaba plumas en la cabeza y cascabeles en los tobillos y en las rodillas; además de la cara pintada de amarillo.

Cuando empezaron a sonar los tambores, los hombres comenzaron a bailar.

Carly se olvidó de todo mientras miraba a Zane. Nunca había visto nada más fascinante. Estaba desconocido y sexy a la vez.

Cuando terminaron, el público aplaudió encantado y Carly sonrió al ver que Zane iba hacia ella.

—Has estado maravilloso —le dijo sinceramente.

—Gracias —contestó Zane mirando a su madre—. ¿Qué tal he estado?

—Muy bien —sonrió la mujer.

—Gracias —dijo Zane besándola—. Me voy a cambiar.

—¿No vas a bailar más? —preguntó Carly decepcionada.

—No, sólo lo he hecho para ayudar al colegio a recaudar fondos para comprar uniformes nuevos para el equipo de fútbol. ¿Quieres comer algo? Ina, ¿vienes con nosotros?

—No. Linda Three Feathers va a bailar ahora y le he prometido verla.

—Muy bien. Nos vemos luego.

—Puede —dijo Irene Roan Eagle mirando a Carly.

—Ahora vengo.

Carly no tuvo más remedio que esperar a que Zane se cambiara, pero cuando se quedaron a solas le dijo que no creía haberle caído muy bien a su madre.

—¿Es porque no soy india?

—No, claro que le has caído bien. Es que es tímida cuando no conoce a la gente — contestó Zane.

Carly no estaba muy de acuerdo, pero no dijo nada.

—¿Qué es pan frito? —preguntó señalando un cartel.

—Literalmente, eso: pan frito —contestó Zane pidiendo dos tacos indios con dos refrescos—. ¿Qué te parece? —le preguntó mientras se los tomaban.

—Me encanta —contestó Carly—. Si no te importa, me gustaría quedarme un rato más.

—Claro que no me importa.

Se sentaron en las gradas y vieron la danza del lobo y la del águila y muchas más. A Carly le gustaron todas, sobre todo porque estaba con Zane. El tambor era como el reflejo de su corazón cuando él la miraba o la tomaba de la mano.

Deambularon entre los puestos de artesanía y Zane le compró un collar con un águila color turquesa.

Ya era tarde cuando se despidieron de su madre y fueron hacia la furgoneta.

—Es una pena que no le haya caído bien —se lamentó Carly—. Seguro que le habría gustado más que salieras con Linda como se llame.

—Pero a mí no me gusta Linda como se llame —contestó Zane sonriendo—. Me gustas tú.

Se miraron profundamente a los ojos y Carly sintió que se derretía.

Al llegar a la furgoneta, Zane leyó una nota que le habían dejado en el parabrisas.

—¿Tienes prisa por volver? —le preguntó a Carly.

—No, ¿por qué?

—Hay una subasta de ganado en el rancho de Bob Murphy y me gustaría ir. ¿Te apetece?

—Claro.

Unos cuarenta minutos después, llegaron al lugar donde se iba a celebrar el acontecimiento. Carly miró interesada a los caballos y los burross que se iban a subastar.

—No parece que lleguemos tarde —apuntó Zane—. Las cuadras están todavía llenas.

Mientras veían pasar ante ellos unos cuantos ejemplares, Zane le fue dando una clase magistral sobre caballos. Que si este tiene las rótulas torcidas, que si aquel el pecho un poco hundido.

Carly observaba con atención.

—Mira, este sí que es bueno —le dijo Zane cuando sacaron una yegua de dos años preciosa.

—Quinientos, tengo quinientos aquí. Seiscientos, a ver, seiscientos, sí —estaba diciendo el subastador—. ¿Setecientos?

Zane levantó la mano.

—Muy bien, setecientos para el señor. ¿Ochocientos? ¿He visto ochocientos? Estupendo.

Al final, Zane se llevó la yegua por dos mil trescientos dólares.

—Este momento es memorable —dijo con un brillo especial en los ojos—. Es el primer ejemplar de mi cuadra.

Carly lo miró emocionada y feliz de estarlo compartiendo con él.

—¿Vas a seguir pujando? —le preguntó.

—No puedo —contestó Zane—. Ni siquiera debería haberme comprado esta, pero es demasiado buena como para dejarla pasar. ¿Me esperas aquí? Voy a hacer el papeleo.

—Muy bien.

Mientras lo veía alejarse, se dio cuenta de que no era la única mujer que se fijaba en él.

—Me lo he pasado muy bien hoy —le dijo sinceramente mientras iban a la furgoneta.

—Yo, también. Ojalá no tuvieras que volver tan pronto a Los Ángeles.

—¿No te lo había dicho? Anoche le mandé un correo electrónico a mi jefe para ver si me podía quedar otra semana y me ha dicho que sí.

Zane la miró encantado.

—¡Genial! —exclamó.

—Sí —dijo Carly—. ¿Nos vamos a ver mañana?

—No lo sé. Tengo que llevar a una yegua al Double Z. El jefe quiere cruzarla con un potro de Zimmerman.

—¿Vas a estar todo el día fuera?

Zane se encogió de hombros.

—Es la primera vez que la van a montar, así que me tengo que quedar con ella para que esté a gusto, ¿sabes? Además, tengo que venir a buscar a esta que acabo de comprar.

Carly asintió decepcionada porque no le había dicho que lo acompañara.

—¿Qué te parece si cenamos juntos?

—No puedo. Le he prometido a Brenda acompañarlos al aeropuerto a recoger a la madre de Jerry y, luego, cenar por ahí. ¿El domingo?

—De acuerdo —contestó Zane sabiendo que era imposible.

Todos sus domingos eran de Katy, pero agarró a Carly de la mano y cambió de tema.

CAPÍTULO 8

Carly no pudo evitar sentirse un poco triste el sábado al despertarse. Se dijo que era una tontería, que el hecho de no ver a Zane no era para deprimirse. Ya había estado el día anterior entero con él y lo vería con total seguridad el lunes.

Además, había ido a Twisted River a estar con Brenda, no a enamorarse de un vaquero...

¡Enamorarse! ¿Y eso de dónde había salido? Se dijo que era imposible enamorarse tan rápido, pero sabía que no era verdad.

Se había enamorado de Zane Roan Eagle. Se puso tan nerviosa como una quinceañera con su primer amor.

Cuando bajó, Brenda estaba en el salón dándole el pecho a J.J.

—Pareces muy contenta —comentó su amiga—. ¿Te ha tocado la lotería o algo así?

—No, nada de eso —contestó Carly tocándose el collar que le haba comprado Zane.

Intentó dejar de sonreír, pero no podía.

—¿Me vas a decir por qué sonríes así?

—Por nada, de verdad. Simplemente, estoy feliz. ¿Qué vamos a hacer hoy?

—Lo que quieras, pero tenemos que estar de vuelta a las seis para ir al aeropuerto a recoger a Erina —contestó pensativa—. ¿Qué te parece si vamos al Doble Z? Creo que venden una yegua muy buena.

—Muy bien —contestó Carly encantada.

Brenda la observó y se rió.

—¿Quizás porque hay cierto vaquero que va a estar allí hoy?

—No, qué va —contestó Carly—. ¿Por qué dices eso?

—Porque Zane y tú os habéis convertido en inseparables. Si no fuera porque Jerry lo aprecia tanto, lo habría despedido ya.

Carly se puso muy seria.

—No me digas eso. ¿Le vais a despedir? —preguntó asustada.

—Claro que no —la tranquilizó su amiga—. No sé cómo lo hace, pero Zane sigue haciendo su trabajo de manera impecable a pesar de salir contigo.

—Menos mal —dijo Carly aliviada.

No podría soportar que Zane perdiera el trabajo por su culpa.

—Voy a cambiarle los pañales al niño y ahora vengo.

El rancho Double Z resultó ser todavía más grande que el de Brenda. Carly se dio cuenta de que su amiga aparcaba junto a la furgoneta de Zane. Sacaron a J.J. del coche y se dirigieron a los establos.

De camino, se encontraron con un hombre que las saludó.

—Hola, señora Clark, ¿en qué puedo ayudarla?

—Hola, Frank —contestó Brenda—. He venido a ver a esa yegua otra vez.

—Claro, sígame. Está en su cuadra.

Tras sacarla, Brenda preguntó si la podía montar y el hombre se la ensilló.

Mientras veía montar a su amiga con una soltura que le dio sana envidia, notó la presencia de Zane detrás de ella.

—Hola —la saludó radiante.

—Hola —saludó ella pensando que el sol brillaba más y el mundo era mejor con él al lado.

Zane no contaba con verla aquel día y lo cierto era que estaba guapísima con un bebé en brazos. De repente, se la imaginó con su hijo en brazos.

Maldijo en silencio y sacudió la cabeza para apartar aquel pensamiento de su cabeza. ¿Pero a quién estaba intentando engañar? No había dejado de pensar en ella desde que se había chocado con ella en el rodeo.

—¿Qué tal? —lo saludó Brenda—. ¿Y nuestra yegua?

—En aquella cuadra de allí —contestó Zane—. Zimmerman quiere montarla esta tarde, así que me voy a quedar por aquí.

—Bien.

—¿Le gusta esta?

—Me encanta. Es una maravilla montarla. La voy a comprar. ¿La podrías llevar tú luego a casa?

—Claro.

Brenda desmontó y le entregó las riendas a Frank.

—Dile a Zimm que mañana a primera hora pasaré a pagarla.

—Muy bien, señora —se despidió el capataz.

—¿Qué te parece si la cruzáramos con el semental de Jerry?

—Que saldría un potro maravilloso —contestó Zane.

—Sí —dijo Brenda con decisión—. Carly, ¿nos vamos?

—¿Qué? Ah, sí.

—Hasta luego, Zane —se despidió Brenda.

—Hasta luego —se despidió él.

—Hasta luego —dijo Carly.

—Hasta luego —contestó Zane bañándole con su sonrisa.

El domingo por la mañana, Carly bajó a la cocina esperando ver allí a Brenda y a Jerry, pero no había nadie.

Era comprensible ya que el avión de Edna se había retrasado y habían llegado muy tarde a casa, pero nadie tenía sueño y se habían quedado viendo una película hasta la madrugada.

Carly se tomó un café con una tostada y salió a darse una vuelta por la pradera fingiendo que quería tomar aire fresco cuando, en realidad, lo único que quería era ir al establo a ver si estaba Zane.

Solo le quedaba una semana allí y quería estar todo el tiempo que pudiera con él.

Tomó aire y fue hacia el establo. Cuando llegó, se encontró con un viejo vaquero que le estaba sacando brillo a una silla de montar.

—Hola, señorita, ¿la puedo ayudar en algo?

—Estaba buscando a Zane.

—No está.

—Ah —dijo Carly sin atreverse a preguntar dónde estaba—. Muchas gracias.

Se alejó intentando no sentirse herida porque Zane no hubiera querido pasar el día con ella.

Cuando entró en casa, Breada estaba en la cocina.

—Hola —la saludó—. Creía que estabas dormida.

—No, he ido a ...dar un paseo —mintió Carly.

—¿A algún sitio en particular?

—Muy bien, cotilla. He ido a los establos a buscar a Zane, pero no estaba.

—Se me había olvidado decirte que es su día libre.

—¿Pero los vaqueros no tienen libre el sábado por la noche?

—Sí, todos menos él, que tiene los domingos. ¿Quieres venir a misa con nosotros?

—No, gracias, creo que me voy a ir a comprar unas cosas. ¿Me podríais llevar?

—Casi todo va a estar cerrado —le advirtió Brenda—. Lo único abierto los domingos son las tiendas de regalos, que suelen estar llenas de turistas.

—Con eso me vale.

—Muy bien, nosotros nos vamos en cuanto desayunemos.

Jerry y Brenda la dejaron en la esquina de la heladería.

—Quedamos aquí dentro de una hora y comemos por ahí, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

Carly les dijo adiós con la mano y se paseó por la acera mirando

escaparates. Twisted River no tenía muchas tiendas, sólo una de ropa, una ferretería, un ultramarinos con souvenirs, una peluquería, el cine, un motel y un par de restaurantes.

Estaba a punto de cruzar cuando vio a Zane en la otra acera. El no la había visto, así que aprovechó para deleitarse mirándolo.

Estaba pensando lo contento que se iba a poner de verla cuando una niña de pelo como el azabache salió de una viejo Chevy.

—¡Papá! —gritó corriendo hacia él.

Zane la abrazó, le dio vueltas en el aire y se rio.

Carly se escondió en un portal mientras una pelirroja alta y delgada se bajaba de la furgoneta e iba hacia Zane. El sonrió, le dio un beso en la mejilla y los tres se metieron en el cine.

Carly sintió náuseas.

¡Zane Roan Eagle estaba casado y tenía una hija!

Volvió al punto donde había quedado con Brenda y Jerry. ¿Por qué su amiga no se lo había advertido?

Se le nubló la mirada mientras recordaba sus besos. ¡Estaba casado! ¡Y ella deseando verlo, besarlo y mil cosas más!

Brenda la llamó varias veces hasta que consiguió que la oyera.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando Carly subió a la parte trasera junto a Edna—. Estás como si hubieras visto a un fantasma.

—No, estoy bien —contestó Carly.

Brenda la miró preocupada, pero decidió dejar el tema.

—Habíamos pensado ir a comer a la ciudad. ¿Qué te parece?

—Perfecto, lo que queráis.

Brenda frunció el ceño, pero no dijo nada.

En el trayecto, Carly se dedicó a mirar por la ventana y, cuando Brenda puso la radio, como no podía ser de otra manera sonó la canción que Zane le había cantado unas noches atrás y cuya letra ella había creído que era de verdad.

¡Qué ilusa!

Mientras comían, intentó no pensar en él para no estropearle la comida a su amiga y a su familia. Debía aprovechar el tiempo que les quedaba con ellos.

Después de comer, dieron un paseo por la ciudad y Brenda se compró un vestido mientras que Carly se compró una camiseta de Texas y le mandó una postal a su madre.

Cuando volvieron a casa, ya era de noche.

Al llegar, Carly vio a Zane bajándose de la furgoneta. Al verlos llegar, la esperó, pero ella ni lo saludó. Se giró en redondo y se metió en casa.

Zane se quedó mirándola y se preguntó por qué lo había mirado

así.

Intentó dilucidar si había hecho algo el día anterior. ¿Se habría enfadado porque no le había dado un beso al despedirse? No, eso no podía ser.

Pensó en ir a buscarla, pero no lo hizo. Aunque se llevaba muy bien con los Clark, eran sus jefes y no quería meterlos en aquello..

Tendría que esperar a verla al día siguiente por la tarde.

Suspiró y se resignó. Tenían muchas cosas de las que hablar.

—¿Te vas? —exclamó Brenda—. ¿Pero no te ibas a quedar otra semana?

—Sí, pero... me tengo que ir.

Brenda se sentó en el borde de la cama de su amiga.

—Muy bien, ¿qué ha pasado? Soy tu mejor amiga, así que no tienes más remedio que contármelo —sonrió.

—Nada, de verdad —mintió Carly—. Es simplemente que me quiero ir a casa.

Brenda frunció el ceño.

—Te conozco bien, Carly Marie Kirkwood y sé que no es eso. Es por Zane, ¿verdad? ¿Qué ha pasado?

—Nada.

Brenda se cruzó de brazos.

—Será mejor que me lo digas porque me voy a enterar de todas formas.

—Brenda...

—¿Te ha hecho o dicho algo?

—No, claro que no. De verdad, sólo quiero volver a casa y pasar unos días en la playa antes de volver al trabajo.

—Muy bien —dijo Brenda dolida—. Si eso es lo que quieres.

—Lo siento, Bren, la vida de rancho no es para mí.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana. Mi vuelo sale a las doce del mediodía. ¿Me podrías llevar al aeropuerto? Si no puedes, no pasa nada, me voy en taxi.

—Claro que puedo —contestó Brenda desde la puerta.

—Gracias.

Mientras hacía la maleta, Carly intentó no llorar. No pensaba llorar por él. ¡Claro que no! Zane no se merecía ni una lágrima, pero no pudo evitar que le resbalaran por las mejillas.

¿Cómo la había engañado tan bien?

Se pasó la noche dando vueltas y el poco rato que durmió, por supuesto, soñó con él. Soñó que intentaba huir de él y él la perseguía con cientos de niños y niñas detrás de él que gritaban «¡Papá! Papá!»

Se despertó de mal humor, terminó de recoger sus cosas y bajó las maletas.

Brenda y Jerry la estaban esperando.

—¿Seguro que te quieres ir? —le preguntó su amiga.

—Sí —contestó Carly sirviéndose una taza de café y tomándosela con el corazón en un puño.

Le habría encantado pasar otra semana con Brenda, pero no podía. Richard le había tomado el pelo, pero no estaba dispuesta a tropezar dos veces en la misma piedra.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Jerry mirando la hora.

—Muy bien —dijo Carly dejando la taza en el fregadero.

—Llámame cuando llegues —le pidió Brenda.

—Claro —contestó Carly abrazando a su amiga—. Gracias por todo.

—De nada. Ya sabes que puedes volver cuando quieras.

Carly asintió con lágrimas en los ojos. Volvió a abrazar a Brenda, tomó su equipaje y salió en dirección a la furgoneta de Jerry.

Con la cabeza alta y la mirada al frente, no se permitió mirara en dirección a los establos para ver si Zane estaba allí.

A casa. Se iba a casa, a la ciudad de luces y tráfico, que era donde ella se encontraba a gusto.

CAPÍTULO 9

DÓNDE estaba? Zane sacó a su caballo de su cuadra y se puso a cepillarlo sin parar de mirar hacia la casa. Qué raro, Carly nunca llegaba tarde a su clase de equitación.

Terminó de cepillar al animal, le miró las patas y le dio una zanahoria. A continuación, hizo lo mismo con la yegua que había montado Carly. Recordó el día que habían pasado en el lago, lo bien que estaban juntos, sus besos...

Había besado a muchas mujeres en su vida, pero ninguna lo había hecho sentir como ella. No había querido que le gustara, pero no había podido evitarlo.

Aunque sabía que ella no estaba hecha para vivir en el campo y que él jamás cambiaría el rancho por un trabajo de nueve a cinco en la ciudad, no podía parar de pensar en ella.

Cuando por las noches yacía en la cama soñando con la casa que se iba a construir en un año, se imaginaba compartiéndola con ella.

Volvió a mirar hacia la casa. ¿Le habría pasado algo? ¿Estaría enferma?

Terminó de cepillar a la yegua y se dirigió a la casa. Nunca había ido allí más que por asuntos de trabajo, pero no podía más. Tenía que saber si estaba bien.

—Hola, Zane —lo saludó Brenda—. ¿Te pasa algo?

—No, es que... quería saber... —carraspeó—. La señorita Kirkwood no ha venido a su clase y...

La señora Clark suspiró.

—Lo siento. Te lo tendría que haber dicho. Carly se ha ido esta mañana a su casa.

—Entiendo. Gracias —contestó Zane.

De vuelta en el establo, sintió que le hervía la sangre. Se había ido sin despedirse, así sin más. Maldijo enfurecido y se rió de sí mismo. ¿De qué se sorprendía? ¿No había sabido desde el principio que sólo era para ella un entretenimiento de verano?

Golpeó la puerta con furia. ¡Y él creyendo que Carly era diferente a las demás! Seguro que se estaba riendo ya de él, contándoles a sus amigas que se había ligado a un lakota que la había enseñado a montar a caballo y le había cantado canciones de amor bajo las estrellas.

Exactamente igual que las demás. Una mujer blanca en busca de

una aventura.

¡Al diablo con ella! No la necesitaba. Nunca había necesitado a nadie y no pensaba cambiar a aquellas alturas.

Pero no podía olvidar su risa ni su mirada. Carly solía mirarlo como si fuera un héroe...

¡Maldición!

Ni siquiera sabía dónde vivía. Tampoco tenía su número de teléfono. Brenda lo debía de saber, por supuesto.

Miró hacia la casa y maldijo. No iba a ir. Si Carly hubiera querido mantener el contacto con él, le habría dejado una nota o algo. Estaba claro que no quería saber nada de él. Si cambiara de opinión, sabía dónde encontrarlo.

Ensilló a su caballo y salió a cabalgar para tranquilizarse, pero por mucho que galopaba no podía tapar el vacío que la repentina partida de Carly había dejado en su vida.

Carly miró por la ventana del taxi. ¿La ciudad siempre había sido así de ruidosa? ¿Siempre había habido tanta gente y tanta contaminación? Siempre le había gustado Los Ángeles. ¿Por qué, de repente, se le antojaba horrible?

Al llegar a casa, lo primero que hizo fue abrir las cortinas. El apartamento le pareció más pequeño que cuando lo dejó.

Se quitó las sandalias en mitad del salón y se preguntó qué le habría parecido a Zane.

Zane... ¿Cómo podía echarlo tanto de menos? Lo que había sentido por Richard no era nada comparado con el amor que sentía por aquel vaquero de Texas.

Aunque le gustaba su vida de Los Ángeles, habría dado todo, su casa; su trabajo y su estilo de vida por estar con él. ¿Por qué no había sido sincero con ella?

Se puso a deshacer el equipaje mientras intentaba no pensar en él, pero cuando sacó la cámara de fotos no pudo evitar correr a la tienda para ,,que se las revelaran en una hora.

Mientras esperaba, hizo la compra y alquiló un par de películas de vídeo. Al llegar a casa, se sentó en el sofá para deleitarse con las imágenes.

Allí estaba Zane, montando en el rodeo, Zane lanzando el lazo y atando al ternero. Su preferida era una en la que estaba sobre su caballo. Se la había hecho sin que él se diera cuenta ,y estaba tan bien que decidió ampliarla.

También había fotos de Brenda, de Jerry y de J.J., así como de Sam y de Queenie. Suspiró y las dejó sobre la mesa, pero sacó la de Zane y se quedó mirándola largo rato. Lo mejor que podía hacer era

guardarla y no volverla a ver, pero no lo hizo.

Se levantó, la puso en su mesa de trabajo y se fue a la cocina a prepararse algo para cenar.

—Tiene que haber alguna manera de que vuelvan juntos —le dijo Brenda a Jerry.

—Olvídalo —contestó su marido—. Son como el aceite y el agua, cariño.

—Tonterías.

Jerry suspiró resignado.

—Lo tienes decidido, ¿eh?

—Sí —sonrió Brenda—. Voy a escribir a Carly.

—¿Qué tramas?

—¿Yo? Nada, pobre de mí —contestó Brenda con fingida inocencia—. Solo quiero escribir a mi amiga, pero me he quedado sin sellos, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí, así que creo que le voy a dar la carta a Zane para que me la eche al correo cuando vaya a la ciudad el domingo.

—No entiendo lo que te propones.

—Piensa un poco.

—Sí, creo que ya te entiendo...

—Muy bien —lo felicitó Brenda—. Toma, qué date con J.J. Tengo que escribir una carta.

Zane se quedó mirando el sobre que tenía en la mano. Leyó la dirección una vez y supo que jamás la olvidaría.

—No te importa, ¿verdad? —dijo Brenda.

—Claro que no —contestó Zane.

—Gracias.

Mientras iba a la ciudad, se dijo que importaba muy poco saber dónde vivía Carly pues no pensaba ir a buscarla. No lo haría aunque fuera su vecina. Lo había dejado ella a él, no al revés.

Compró sellos, echó la carta al buzón e intentó no pensar en Carly Kirkwood. El domingo era el día de su hija y no debía permitir que nada lo estropeara, así que se montó en su furgoneta y puso rumbo a casa de Elaine, su ex mujer.

Al llegar, Katy salió a darle la bienvenida como siempre hacía, corriendo y gritando de júbilo.

—¡Papá, papá, cuánto te he echado de menos!

—Yo también, mi vida —contestó Zane abrazándola—. ¿Qué tal estás?

—Cada día más grande, ¿no la ves? —dijo Elaine bajando las escaleras del porche—. En una semana ha crecido tanto que los pantalones y los zapatos ya no le sirven.

Estaba tan guapa como siempre, pero sus ojos ya no lo miraban con ardor como cuando estaban enamorados sino con la frialdad de las esmeraldas.

Zane se sacó cien dólares del bolsillo y se los entregó.

—Cómprale lo que necesite —le indicó—. Nos vamos al cine y a cenar, ¿verdad? —añadió sonriendo a su hija—. Estaremos de vuelta a las seis.

—Muy bien —contestó Elaine besando a su hija—. Pasáoslo bien.

—Hasta luego, mamá.

—¿Qué te apetece tomar hoy? —le preguntó Zane tomándola de la mano mientras iban hacia la furgoneta—. ¿Helado de chocolate o tarta de manzana?

—¿No pueden ser los dos? —sonrió la niña.

—Claro que sí, mi amor, siempre y cuando me prometas no decírselo a tu madre.

—¡Te lo prometo! —contestó la niña encantada—. ¿Y podemos cenar espaguetis?

—Lo que tú quieras, cariño.

—¡Bien!

Fue precisamente durante la cena cuando llegó la inevitable pregunta de Katy.

—Papá, ¿cuándo vas a venir a vivir con mamá y conmigo?

La misma pregunta de todas las semanas.

Zane ya le había explicado que los padres que están divorciados no viven juntos, pero no podía culparla por querer que su familia fuera como la de los demás niños.

—Papá —lo instó.

—No lo sé —contestó Zane como todas las semanas.

Katy se negaba a aceptar un «nunca» por respuesta.

—La semana que viene hay una excursión para padres e hijos en el colegio. ¿Vendrás?

—Por supuesto.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo..

—¿Y te pondrás tu sombrero negro?

Aquello lo hizo reír.

—Si tú quieres, por supuesto.

—¿Y te puedes traer tu caballo?

—No sé si a tu profesor le va a hacer mucha gracia.

—Si me dice que sí, ¿lo traerás?

—Claro.

Katy sonrió encantada.

Cuando su hija lo miraba así, no podía negarle nada.

Después de cenar, dejó a Katy en casa tras haberle prometido de nuevo que iría a la excursión con sombrero y caballo incluidos.

Se fue sonriente y no volvió a acordarse de Carly Kirkwood hasta que llegó al rancho.

CAPÍTULO 10

CARLY se pasó dos días en la playa bronceándose.

Al tercer día, se fue de compras. Quería un vestido de verano y terminó comprándose un cuadro de un águila sobre una montaña nevada.

Llamó a una amiga y se fue a Disneyland. Allí, se preguntó qué le parecería a Zane aquel parque de entretenimiento.

Le había dicho que había estado una vez en California. ¿Habría llevado a su mujer y a su hija allí? La idea la hizo retorcerse de celos.

El sábado por la noche, fue a ver la última película de Brad Pitt, pero veía el rostro de Zane en la pantalla.

Al volver a casa, miró su fotografía. ¿Qué estaría haciendo? ¿Pensaría en ella?

Estaba hecha un lío. Pasaba de echarlo tanto de menos que creía que iba a enloquecer y de decirse que daba igual que estuviera casado, que la hubiera engañado, que daría cualquier cosa por volverlo a ver, oír su voz, por besarlo a odiarlo con todas sus fuerzas y a desear verlo, pero sólo para abofetearlo por su falta de sinceridad, por haber hecho que se enamorara de él.

Miró el teléfono. ¿Por qué no la había llamado? Así, al menos, podría haberse desahogado.

Golpeó el brazo del sillón. ¿Cómo la iba a llamar si no tenía su número? No era excusa. Si quisiera llamarla, podría pedírselo a Brenda

¿Y por qué iba a querer llamarla cuando estaba casado con una pelirroja preciosa con cuerpo de modelo?

—Maldito seas, Zane Roan Eagle —dijo mientras se le saltaban las lágrimas.

Se alegró de que llegara el lunes por la mañana porque podía lanzarse a la rutina laboral y olvidarse de él.

Saludó a sus compañeros, se puso al día en los cotilleos de la oficina y se perdió durante ocho horas en su trabajo.

No entendía a los hombres, pero entendía el lenguaje html perfectamente. Diseñar paginas web verdaderamente le encantaba.

A las cinco, apagó el ordenador y se fue a casa.

Las semanas fueron pasando una tras otra. Consiguió cinco clientes nuevos, le subieron el sueldo y le dieron despacho.

Laboralmente, no le podía ir mejor.

De día, siempre y cuando estuviera concentrada—en el trabajo, conseguía no pensar en Zane. Pero por la noche se colaba en sus pensamientos en cuanto se metía en la cama y recordaba todos los momentos que habían pasado juntos, todas las miradas y todos los besos.

Intentaba librarse de él durmiendo, pero aparecía en sus sueños, sueños de besos y amor que jamás se harían realidad.

Zane miró el reloj por enésima vez en cinco minutos. ¿Dónde demonios estaría? Eran las siete. No podía seguir trabajando.

Se paseó por la acera de su casa preguntándose cómo podía la gente vivir en la ciudad. Volvió a mirar la hora y rugió.

Las siete y cuarto.

¿Y si no volviera a casa directamente desde la oficina? ¿Y si tuviera una cita? ¡Se sentiría el hombre más ridículo del mundo! No había ido hasta allí para descubrir que estaba saliendo con otro.

No debería haber ido. Había resistido tres semanas sin pedir un solo día libre al señor Clark, pero cuando su hija le había preguntado por qué estaba tan triste, se había dado cuenta de que era por Carly

Entonces, había reunido valor y había ido a pedirle una semana de vacaciones a Jerry. En cuanto lo había oído, su esposa le había dado un codazo en las costillas.

Para su sorpresa, en cuanto Jerry se metió en casa, Brenda le dio el número de Carly, su móvil y el teléfono del trabajo.

Mientras se paseaba por la acera, se preguntó si no debería haber llamado primero. ¿Y si tuviera un novio estable y él sólo fuera una cana al aire?

Maldición, maldición y maldición. Debería haberla llamado desde el rancho. Se habría ahorrado el vuelo, el coche y el motel.

Decidió irse de allí inmediatamente, pero cuando iba hacia el coche la vio aparecer. Llevaba varias bolsas de la compra y estaba rebuscando algo en el bolso.

Por primera vez en varias semanas, sintió que no le dolía el corazón.

—Carly —susurró.

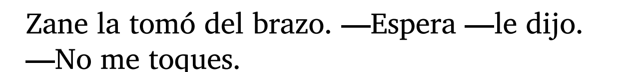
—¿Que haces aquí? —exclamó ella sorprendida.

—He venido a verte.

—¿Ah, sí? —le espetó con frialdad—. ¿Por qué? Zane se preguntó por enésima vez qué había hecho para ganarse su odio.

—Carly…

Ella lo miró a los ojos y pasó de largo en direccion a su casa.


Zane la tomó del brazo. —Espera —le dijo.

—No me toques.

—¿Por qué estás así conmigo?

—Me parece que es bastante obvio.

—No sé de qué me hablas —dijo Zane sacudiendo la cabeza—. Por favor, dímelo.

Carly tomó aire y suspiró.

—No es para hablarlo en la calle —murmuró soltándose y abriendo la puerta.

Zane la siguió al interior y, al mirar alrededor, vio su fotografía junto al ordenador.

—¿Me puedo sentar?

—No —contestó Carly dejando la compra en la cocina—. No hace falta que te sientes porque no te vas a quedar mucho tiempo.

Zane se cruzó de brazos y la miró con las mandíbulas apretadas.

—Te he echado de menos —le dijo sin pensarlo.

—¿De verdad? —contestó Carly—. Pues yo a ti, no.

—No te creo —dijo mirando la fotografía ampliada de sí mismo.

—Eso no quiere decir nada —contestó Carly dándole la vuelta.

—Muy bien, suéltalo ya. ¿Por qué estás tan enfadada?

—Por nada —contestó Carly intentando fingir que no estaba dolida—. ¿Quizás porque eres un hombre casado?

—¿Yo? ¿Quién te ha dicho que estoy casado? —dijo Zane sorprendido.

—Nadie. No hizo falta. Te vi con ella.

Zane frunció el ceño.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—¿Qué más da eso? Os vi juntos y punto —contestó al borde de las lágrimas—. Te vi con tu mujer y tu hija.

Zane sacudió la cabeza.

—Estamos divorciados.

Carly lo miró fijamente.

—¿Divorciados?

—Sí.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Lo iba a hacer, pero... En fin, no creía que tú y yo... —tomó aire—. No pensé que las cosas entre nosotros iban a llegar a ponerse tan serias.

Carly se dejó caer en el sofá. Divorciados. ¿Por qué no se lo había dicho? Si le hubiera importado de verdad, no le habría ocultado algo así.

—¿Hace cuánto que estás divorciado?

—Seis años.

Carly frunció el ceño. —¿Cuánto estuviste casado?

—Muy poco, menos de un año. Nos divorciamos cuando Katy tenía tres meses

—¿Por qué?

Zane se sentó frente a ella.

—Conocí a Elaine cuando competía en el rodeo. Era joven y guapa y yo, joven y estúpido. Me siguió de ciudad en ciudad y... Al final, caí en sus redes.

Carly no dijo nada.

—A las pocas semanas, me dijo que estaba embarazada. Me dijo que le tenía que pagar el aborto, pero yo le dije que no lo hiciera. Me dijo que estaba decidida y que, si yo no le daba el dinero, lo conseguiría por ahí. Al final, conseguí convencerla para que se casara conmigo, tuviera el bebé y me lo diera —suspiró—. Cuando tuvo a Katy, cambió de opinión. A ella la quería, pero a mí no, así que nos divorciamos. A mí lo único que me importaba era el bienestar de mi hija, así que me ocupo de mantenerla y puedo verla todos los domingos y el día de Acción de Gracias.

—Es una niña preciosa.

—Sí.

—¿Lo sabe Brenda?

—Nadie del rancho lo sabe. Solo el jefe. Elaine sabe que vivo por y para el rancho y para los caballos, así que no me deja llevar a Katy allí. Nunca digo que soy divorciado y que tengo una hija porque no quiero tener que contestar a un montón de preguntas que no son asunto de nadie.

—¿Y nadie os ha visto?

—Un par de veces, pero no le han dado importancia. Además, los chicos del rancho no van a la ciudad el domingo y a mi hija le encanta ir al campo a pescar y a andar, así que no siempre estamos en la ciudad.

—Ah —dijo Carly.

No se le ocurría qué más decir. Quería a aquel hombre, pero le había mentido por omisión. Al igual que con Richard, se sentía traicionada por el hombre al que amaba. Le tendría que haber dicho la verdad desde el principio, antes de darle el primer beso.

—No me puedo creer que no me lo contaras.

—Supongo que no me apetecía tener esta conversación. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó con cautela.

—No lo sé.

—He pensado en ti todos los días —confesó

Zane—. Y todas las noches.

—Podrías haberme llamado para decírmelo. —Y tú podrías haberme dado tu número —contestó Zane—. Podrías haberte quedado y haberme dicho todo esto en el rancho. Nos habría

ahorrado muchos problemas.

—Lo siento —murmuró Carly.

—¿Quieres que me vaya?

Carly negó con la cabeza.

—No. ¿Te quieres quedar a cenar? Zane asintió.

—Gracias.

—Ponte como en casa. ¿Te gustan los espaguetis?

—Claro.

—No tardaré mucho. Tengo la salsa ya hecha —dijo Carly levantándose—. Si quieres ver la televisión, el mando está en la mesa.

Zane se quedó mirándola. No lo había echado de su casa. Buena señal.

Como le había sugerido, encendió el televisor y estiró las piernas. No le costó imaginarse que aquella era su casa y Carly su mujer. Cerró los ojos. No había vuelto a tener un hogar desde que se había ido de la reserva.

—Zane, Zane, despierta. La cena está lista.

—Perdón —contestó abriendo los ojos.

—No pasa nada —dijo Carly—. ¿Qué quieres beber?

—Lo mismo que tú —contestó levantándose y siguiéndola hasta la cocina.

Carly resultó ser una buena cocinera. ¡La salsa de los espaguetis era casera! Durante la cena, hablaron esporádicamente de Brenda, de Jerry, del niño, de los caballos y del rancho.

No podían dejar de mirarse mutuamente.

Mientras Zane recogía la cocina, Carly preparó café y fueron a tomarlo al salón.

—Carly, ¿qué hacemos? —le volvió a preguntar Zane.

—No lo sé. Me has mentido.

—No te he mentido.

—No ha sido una mentira en sí, pero deberías habérmelo dicho.

—Tienes razón y ya te he dicho que lo siento. ¿Qué más puedo hacer?

Carly lo miró y se dio cuenta de que estaba siendo injusta.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Tengo una semana libre.

—Yo ya no tengo vacaciones, ¿sabes?

—Lo sé.

—¿Dónde estás alojado?

—En un motel no muy lejos de aquí. ¿Te parece bien que pasemos tiempo juntos después de trabajar?

—Sí —contestó Carly.

—¿A qué hora sales?

—A las cinco.

—¿Qué tal si mañana te recojo y vamos al cine y a cenar?

—Estupendo.

A la tarde siguiente, mientras se vestía para salir con Zane, Carly estaba tan nerviosa como una quinceañera en su primera cita. Se había cambiado de ropa ya tres veces.

Zane no le había dicho que la quisiera, pero había ido hasta allí a verla. Eso debía de significar algo.

Cuando se estaba poniendo los zapatos, llegó Zane. Una vez fuera, le abrió la puerta del coche y Carly le indicó cómo llegar al restaurante mexicano que había elegido para cenar.

—¿Qué tal el trabajo?

—Como siempre.

—¿Y tú qué has hecho?

—No mucho. Me he despertado tarde, he desayunado y me he ido al Museo del Suroeste.

Carly asintió. Aquel museo era el más antiguo de la ciudad y su preferido.

—¿Y qué te ha parecido?

—Impresionante —contestó Zane—. Me ha gustado sobre todo lo bien recreada que está la vida de los indios.

—Mira, allí a la derecha está el restaurante.

El local era pequeño y acogedor.

—Me gusta —apuntó Zane tras hacer la comanda.

—Sí, suelo venir mucho —contestó Carly.

Mientras esperaban la cena y tomaban nachos con salsas, hablaron sobre muchas cosas. Carly le contó que tenía un cliente nuevo, una estrella del rock, y Zane le dijo que Queenie la echaba de menos.

—No digas tonterías —rió Carly.

—Te lo digo en serio. No ha comido desde que te fuiste. Como yo.

—¿De verdad?

—Sí, he adelgazado.

En ese momento, la camarera les llevó la cena y Carly enarcó una ceja viendo el enorme plato de Zane. Dos enchiladas, varios tacos, frijoles y arroz.

—Te vas a resarcir, ¿eh? —bromeó.

—Sí —sonrió Zane.

Después de cenar, en lugar de ir al cine, se fueron a la playa y pasearon por la orilla.

—Carly, perdóname —dijo Zane tomándole la mano—. Nunca

quise hacerte sufrir.

—Lo sé —contestó Carly abrazándolo.

Cuando la besó, no se sorprendió. De hecho, llevaba toda la noche rezando para que lo hiciera.

—Carly...

Se volvieron a besar apasionadamente y se olvidaron del mundo. Si no hubiera sido porque estaban en un lugar público, habrían terminado tirados en el suelo haciendo el amor, pero Zane se controló.

—Vámonos, preciosa, que tienes que dormir —le dijo.

Carly asintió aunque lo último que quería en aquellos momentos era dormir.

CAPÍTULO 11

EL MARTES por la noche fueron al cine y el miércoles a un restaurante medieval en el que se comía sin cubiertos, había justa y caballeros y damiselas en un entorno mágico. Era uno de los lugares preferidos de Carly. ¿Qué más se podía pedir?

A Zane le pareció que la cena era un poco escasa, pero los caballos le encantaron.

El jueves, lo llevó a Disneylandia. Como era entre semana, no había mucha gente.

—Tengo que traer a Katy —comentó Zane al salir de una de las atracciones.

—¿Por qué no os venís en Navidad? Creo que voy a tener unos días libres —contestó Carly.

—Sí, bueno, voy a tener que hablar con Elaine. No sé si me va a dejar sacarla del estado.

—Ah, no había pensado en eso.

Lo probaron todo y montaron en todo, riéndose como niños. Eran casi las doce de la noche cuando abandonaron el parque.

—He estado en Disneylandia cien veces —le dijo Carly mientras iban hacia el coche—, pero nunca me lo había pasado tan bien como hoy.

Al día siguiente, estaba sentada frente al ordenador pensando en Zane cuando llegó un mensajero con una docena de rosas rojas preciosas.

—¿Carly Kirkwood?

—Sí.

—Firme aquí, por favor.

Tras hacerlo, Carly leyó la nota.

Eres mucho más divertida que Alicia en el País de las Maravillas y más guapa que Blancanieves y Cenicienta juntas. Nos vemos esta noche. Te quiero, Z.

Carly se embriagó en el aroma de las flores. Se moría por verlo.

Salió pronto de trabajar y fue corriendo a casa para poner las rosas en agua. Se duchó rápidamente, se maquilló un poco y se cambió de ropa. Puso la mesa, metió en el horno la lasaña que había dejado preparada y encendió unas velas. Momentos después,

llamaron a la puerta.

Carly tomó aire y abrió. Allí estaba su vaquero, el hombre más guapo del mundo.

—Hola —le dijo con voz trémula—. Pasa.

Zane pasó, cerró la puerta y le dio un beso que la dejó temblando.

—Espero que tengas hambre —sonrió Carly.

—Mucha.

—Me alegro porque llevo todo el día cocinando.

—¿Todo el día? —dijo Zane enarcando una ceja.

—Bueno, una hora —confesó Carly—. Está ya casi listo. ¿Me ayudas con la ensalada?

—Por supuesto, pero no tengo hambre de comida.

—Luego, luego… —rió Carly.

—¿Qué hay de cena?

—Lasaña.

—Te gusta la comida italiana, ¿eh?

—Espero que no te importe, es que es mi preferida.

—La mía también.

Zane observó el balanceo de sus caderas mientras la seguía a la cocina y se maravilló de lo bien que le quedaban los pantalones cuando se agachó para sacar la lechuga del frigorífico. En un abrir y cerrar de ojos, la lasaña estaba servida, la ensalada aliñada y ellos sentados a la mesa.

Zane pensó que era la mejor cena de su vida.

—Hoy no he trabajado nada —dijo Carly.

—¿Y eso?

—Porque me he pasado todo el día pensando en ti —confesó sonrojándose.

Zane sonrió orgulloso.

—¿Y tú qué has hecho?

—He ido a la playa y he estado paseando y pensando en ti —contestó Zane sacándose una cajita blanca del bolsillo—. Toma.

—¿Para mí?

—Por supuesto. Ábrelo.

Carly abrió la cajita y se encontró con una pulsera de plata con un caballo.

—Oh, Zane, es preciosa —dijo poniéndosela—. Gracias y gracias por las rosas también. Son maravillosas —añadió poniéndose en pie y sentándose en su regazo.

—Eres una excelente cocinera y besas muy bien —comentó Zane tras haberla besado—. ¿Qué más se te da bien?

—Ya lo verás. No quiero estropearte la sorpresa.

Zane se rió.

—Ojalá me pudiera quedar más tiempo —suspiró.

—Ojalá. ¿Por qué no te vienes a vivir. aquí? —Porque tengo un trabajo en Texas —le recordó—. Y una hija.

¿Cómo lo había olvidado? Aunque quisiera mudarse, no podría hacerlo.

—¿Cuándo te tienes que ir?

—Mañana por la mañana.

—¿Mañana? ¿No te puedes quedar hasta el domingo?

—No, le prometí a Katy que la llevaría a montar a caballo.

—Ah. Debe de ser duro verla sólo un día a la semana.

—Sí, lo es. He intentado convencer a Elaine muchas veces para que la deje pasar el verano conmigo. No sé por qué, pero no quiere. Se está quejando siempre de lo difícil que es encontrar a alguien de confianza con quien dejar a la niña. Al final, he llegado a la conclusión de que sólo lo hace para fastidiarme.

—Eso es horrible. —Así es ella.

—Ojalá no te tuvieras que ir.

Zane le acarició la mejilla y le besó la punta de la nariz.

—Te quiero —le dijo. Carly lo miró muy seria.

—¿De verdad?

Zane asintió.

Carly no se lo podía creer.

—Te quiero desde la primera vez que te vi. No quería enamorarme de ti, pero no lo he podido evitar...

—¡Oh, Zane, yo también te quiero! —lo interrumpió encantada.

—¡Carly! Si te pidiera que te casaras conmigo, ¿qué dirías?

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. ¿Qué dirías?

—¡Diría que sí! —contestó Carly abrazándolo con fuerza.

—¿Y tu trabajo?

—No te preocupes por eso. Puedo trabajar desde cualquier sitio siempre y cuando tenga conexión telefónica y ordenador.

—¿Cuánto tiempo necesitas para preparar la boda?

—No lo sé. ¿Tienes prisa?

—¡Por supuesto que sí!

—¿Un mes, quizás? ¿Pero qué va a decir tu hija?

—Te va a querer tanto como yo —contestó Zane rezando para que así fuera—. ¿Un mes a partir del sábado?

—De acuerdo, pero me tienes que ayudar.

—Muy bien. ¿Qué quieres que haga?

—Buscar iglesia.

—Eso está hecho. ¿Algo más?

—De momento, no. Te advierto que no sé qué vamos a hacer con la luna de miel porque ya he agotado todos los días que tenía

de vacaciones.

—Yo, también, pero eso da igual. Podemos irnos un fin de semana y ya nos iremos de viaje de verdad en verano.

—Perfecto. Por otra parte, podría dejar la empresa y poner una yo desde casa y... ¡Ya verás cuando se lo diga a Brenda! Estaba empeñada en que nos liáramos.

—Pues lo ha conseguido —sonrió Zane—. ¿Qué tipo de anillo quieres?

—No lo sé. Sorpréndeme.

—Creo que voy a tener que empezar a construir la casa antes de lo previsto porque no creo que quieras dormir en el barracón con los chicos, ¿verdad?

—Empieza a construir la casa cuanto antes.

—Carly, estoy dispuesto a hacer lo que tú quieras con tal de verte feliz.

—Entonces, bésame —susurró ella.

Zane la besó en los labios y en el cuello mientras le acariciaba el pecho, pero se apartó.

—Me voy a ir —anunció.

—¿Porqué?

—Porque no respondo de mí mismo si me quedo más tiempo.

Carly sonrió encantada. Le gustaba que la dejara elegir a ella el momento, que no la forzara a acostarse con él antes de la boda. Así tendrían algo que hacer la noche de bodas.

—Llámame cuando llegues a casa.

—Por supuesto —contestó Zane abrazándola y levantándola del suelo—. Échame un poco de menos, ¿de acuerdo?

—Ya te echo de menos —contestó Carly abrazándolo con fuerza.

—Te quiero —dijo Zane sin parar de besarla.

—Yo, también, mi amor —contestó Carly acompañándolo a la puerta.

Cuando se fue tras unos cuantos besos más, Carly sintió como si se llevara su corazón con él.

CAPÍTULO 12

TE VAS a casar? —exclamó Katy parando su yegua—. ¡Qué bien! Mamá no me había dicho nada.

—Un momento, pequeña —contestó Zane.

—¿Puedo llevar las flores? —preguntó la niña con los ojos brillantes—. ¿Y viviremos todos juntos en el rancho?

—Katy, espera un momento. Escúchame. Hace unas semanas conocí a una chica que se llama Carly...

—¿Va a llevar ella las flores?

—¡Katy, por favor, escúchame!

—¡Sí, sí! —exclamó la niña creyendo que su sueño de ver a sus padres junto se iba a hacer realidad.

—Como te iba diciendo, he conocido a una chica y me he enamorado de ella...

—Pero tú quieres a mamá...

—No, no la quiero.

—¡Claro que sí! ¡Me lo dijiste!

—Quiero a tu madre, Katy, porque es tu madre, pero no estoy enamorado de ella. No es lo mismo. ¿Lo entiendes?

—No.

Zane tomó aire. Aquello no estaba resultando fácil. Su hija quería que sus padres estuvieran juntos, pero aquello era imposible y debía entenderlo.

—Va a venir dentro de un par de semanas.

—¿Aquí?

—Por supuesto.

—No quiero que venga.

—Katy...

—¡No quiero que venga! —gritó llorando y azuzando a su yegua.

Zane la siguió. Tenía dos semanas para hacerla cambiar de parecer y, conociéndola como la conocía, sabía que no iba a ser fácil.

Carly miró el calendario. Un día más y estaría en Texas. Le daba pena dejar a sus compañeros de trabajo y a su jefe, que se había portado de maravilla concediéndole tres meses de prueba para ver qué tal les iba con ella trabajando a distancia desde Twisted River.

Sus amigas le habían hecho una despedida de soltera en la que le habían regalado un precioso camisón con bata a juego para la luna de miel.

Tras hacer la maleta, se dio un buen baño relajante. Había vendido la casa con muebles y todo y sólo se había quedado con el ordenador, el televisor y unas pocas cosas más que ya estaban embaladas.

Al día siguiente de decirle a Zane que se casaba con él, llamó a sus padres y a su hermana,, pero la primera llamada fue para Brenda.

Miró la hora y se dio cuenta de que Zane debía de estar a punto de llamar. Hablaban por lo menos una vez al día. Se secó, se puso el camisón, se hizo un té y se sentó en el sofá a esperar su llamada.

—¿Sí?

—Hola, mi amor.

Su voz la hacía derretirse por dentro.

—¿Lista para el gran cambio?

—Sí —contestó sinceramente.

Carly tenía algunas dudas en cuanto mudarse al campo a vivir, pero no en cuanto a casarse con Zane.

—¿Te puedes creer que vamos a estar casados en dos semanas? —rió—. Todavía no tengo vestido de novia. ¿Y dónde vamos a vivir hasta que nuestra casa esté acabada?

—Los Clark han dicho que podemos utilizar su casa de invitados. Tiene muebles y yo he ido poniendo cositas. Hoy han empezado con los cimientos de nuestra casa.

—¡Nuestra casa! —exclamó Carly con voz soñadora—. ¿Qué tal Katy?

—Tan cabezota como siempre.

—¿Y qué voy a hacer si no le caigo bien?

—Ya lo veremos cuando llegue el momento.

—Me va a odiar, ¿verdad? —preguntó Carly nerviosa.

—Espero que no.

—Yo, también.

—¿A qué hora llegas?

—A las tres.

—Muy bien, allí estaré. Que duermas bien, mi amor.

—Igualmente.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Carly colgó con un suspiro.

Se preguntó por enésima vez lo que iban a pensar sus respectivas familias de cada uno de ellos. Ya tenía una idea de lo que pensaba la madre de Zane. ¿Y Katy?

Carly se mordió el labio. No tenía mucha experiencia con niños, pero no le parecía fácil ganarse el afecto de la hija de su marido.

¿No se estaría preocupando demasiado? Al fin y al cabo, Katy no vivía con su padre, sólo se veían una vez a la semana.

Sacudió la cabeza, se olvidó de la niña y se concentró en el padre y en su boda.

Cuando llegó al aeropuerto, la estaba esperando.

—¡Cuánto me alegro de verte! —gritó corriendo a sus brazos.

—Yo, también, cariño. Te he echado de menos.

—¡A ver cuánto!

Zane la besó apasionadamente.

—Guau.

—Vamos por tu equipaje.

En el trayecto a casa, Carly se sentó pegadita a él. No podía dejar de mirarlo. No se podía creer que estuviera allí.

Zane la miró y frunció el ceño.

—¿Pasa algo?

—No, ¿por qué?

—Porque no paras de mirarme.

—Perdón, es que eres muy guapo.

Zane se rió.

—¿Quieres que paremos a comer algo?

—La verdad es que no. He comido en el avión. ¿Tú tienes hambre?

—No.

—¿Qué tal Katy? ¿Se va haciendo a la idea de que nos casemos?

—No —contestó Zane sinceramente intentando dulcificar su contestación con una sonrisa—. No te preocupes por eso. Ya lo entenderá.

—Eso espero.

Cuando divisó el rancho, se olvidó de la niña. El motor todavía estaba encendido cuando Brenda salió corriendo a recibirlos.

—¡Carlyl

—Hola, Bren. No esperabas que volviera tan pronto, ¿verdad?

—Nunca lo dudé —contestó su amiga abrazándola.

Carly miró a Zane y sacudió la cabeza.

—¿No ves como es imposible?

—Ya veo —contestó Zane besándola en la mejilla—. Voy por tus maletas.

—Gracias.

—Vamos —la instó Brenda.

—Voy —contestó Carly—. Bren, tengo muchas cosas que hacer y

muy poco tiempo.

—No te preocupes. Erina se va a quedar con J.J. el lunes para que podamos ir a la ciudad a comprar un vestido. Te he guardado unas cuantas fotografías de tartas para que les eches un vistazo y, si quieres, el mismo lunes podemos aprovechar para mirar las flores. Zane tiene la iglesia, ¿verdad? ¿Qué más hay que hacer?

—Nada más.

CAPÍTULO 13

LAS DOS semanas siguientes pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Carly encontró un vestido de novia perfecto, escogió un velo y unos zapatos en raso blanco, ropa interior blanca y un chal de seda blanco también.

Su hermana iba a ser la madrina y Brenda iba a ser dama de honor, por supuesto. Vanessa, la prima de Zane con la que había conectado inmediatamente, también.

Su amiga había insistido para que celebraran el banquete en su rancho, así que habían instalado carpas para comer y el padre de Carly había enviada un cheque para hacerse cargo de los gastos de catering.

Carly estaba sorprendida de ver que una boda se podía organizar en tan poco tiempo.

Zane le había presentado a su padre y a unos cuantos primos. A pesar de su nerviosismo, todo había ido bien.

Había pasado un domingo con Zane y con Katy, pero las cosas no habían sido fáciles. La niña no le habló a no ser que ella le preguntara algo y, cuando lo hizo, contestó con monosílabos y pidió irse a casa pronto.

Y, de repente, llegó el gran día.

Carly se despertó pronto después de no haber dormido mucho. Se duchó, pero no desayunó. Brenda la ayudó a peinarse, metieron todas las cosas en el coche y se dirigieron a la iglesia para vestirse allí.

—Estás preciosa —le dijo su madre, Helen Kirkwood, mientras le colocaba el velo.

—¿De verdad? —dijo Carly—. ¿A ti qué te parece, Diana? —le preguntó a su hermana.

—Estás maravillosa, como siempre.

—Sí, bueno, como siempre... Siempre eras tú la que se llevaba a todos los chicos —bromeó Carly.

—Estáis las dos igual que entonces —apuntó su madre.

—No sé yo —dijo Diana—. Ahora tenemos más pecho —rió haciendo reír a todas.

En ese momento, llamaron a la puerta y entraron Katy y su madre y el ambiente se enfrío al instante.

Carly fue hacia ellas y le tendió la mano a Elaine.

—Hola, encantada —la saludó.

La otra mujer le estrechó la mano brevemente y se digirió a su hija.

—Pórtate bien —le dijo—. Nos vemos esta noche.

—Esta noche quiero dormir con papá —dijo la niña.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Siempre paso los domingos con él. ¿Por qué no puedo dormir hoy con él?

—Porque papá va a pasar este fin de semana fuera. Ya lo verás el próximo domingo —le explicó su madre.

—¡Pero quiero verlo esta noche!

—Pues no puede ser. Pórtate bien. Nos vemos luego.

—¿No te vas a quedar? —le preguntó Katy.

—No —contestó Elaine.

Katy miró a Carly como si tuviera la culpa de que su madre se fuera.

—Buena suerte —le deseó Elaine a Carly.

Un minuto después de que se hubiera ido, llamaron a la puerta y el padre de Katy anunció que todo estaba listo y los invitados esperando.

Su padre la estaba esperando a la entrada. Estaba muy guapo con su esmoquin y el pelo rubio peinado hacia atrás.

Cuando se abrieron las puertas, Carly tomó aire y Vanessa le indicó a Katy que comenzara a avanzar por el pasillo lentamente.

Detrás iban Diana, Brenda y la propia Vanessa y cerrando el desfile Carly del brazo de su padre.

Carly miró al frente y vio a Zane en el altar. Al instante, se quedó sin aliento y le pareció que todo lo demás, flores, música, invitados, todo, se desvanecía.

Se miraron a los ojos y sonrieron.

Cuando Zane dijo las palabras por las que la tomaba como esposa, Carly sintió que el corazón se le salía del pecho. Ella hizo lo propio y Zane le levantó el velo y le dio el primer beso como marido y mujer.

Todos los presentes aplaudieron y sonrieron. Todos, excepto Katy, que tenía cara de pocos amigos.

Una vez en el rancho, la niña se sentó en la mesa de los novios, pero no abrió la boca. Estaba seria y taciturna.

Zane intentó hacerla reír, pero Katy no estaba por la labor. No aprobaba que se hubiera casado con una mujer que no era su madre y estaba dispuesta a que todo el mundo se diera cuenta de ello. .

Zane optó por pedirle a su hija que bailara con él y, aunque al principio parecía que se iba a negar, Katy acabó aceptando.

Cuando volvió a la mesa, estaba más contenta; pero pronto la expresión se le volvió a ensombrecer porque su padre le pidió bailar a su nueva esposa.

Una vez en la pista de baile, se abrazaron y se dejaron llevar por el ritmo de la música completamente enamorados.

—Por fin solos —dijo Carly apoyando la cabeza en el hombro de Zane cuando una hora después la limusina los conducía al hotel.

Se habían despedido de todo el mundo y los padres de Zane se habían encargado de llevar a Katy a casa de su madre.

—Ya era hora —contestó Zane.

—Todo ha salido bien, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó Zane—. Lo has organizado tú, así que no podía ser de otra manera.

—Gracias, mi amor —sonrió.

Seguía sonriendo cuando llegaron un rato después al hotel.

—Enhorabuena —les deseó el portero.

—Gracias —contestaron ambos al unísono.

Mientras se registraban en la recepción, la gente los miraba pues Carly iba vestida de novia. Era un vestido tan bonito que había decidido no cambiarse. Le gustaba mucho y no se lo iba a poder poner nunca más, así que había que aprovechar.

—Señor y señora Roan Eagle —firmó Zane.

El empleado sonrió y les entregó las llaves.

Un botones les llevó el equipaje hasta la suite nupcial y Carly se dio cuenta de que se había sonrojado cuando el chico abrió la puerta.

—Es una habitación preciosa —dijo Carly mirando a su alrededor una vez a solas.

Zane la tomó de la cintura por detrás y la besó en el pelo. Feliz, Carly reposó la cabeza en su pecho.

—¿Qué quiere hacer el señor Roan Eagle? —le preguntó girándose lentamente.

—¿Es una pregunta con trampa? —contestó Zane haciéndola reír.

Carly le quitó la chaqueta.

—Yo tengo muy claro lo que quiero hacer —le dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí, quiero ver bien de cerca al hombre con el que me he casado —sonrió Carly—. Quiero cerciorarme de que he hecho una buena compra.

—Te aseguro que sí —dijo Zane apretándose contra ella para que sintiera su erección.

Carly suspiró y le quitó la camisa. A continuación, le desabrochó el cinturón y la cremallera del pantalón.

—Cuidado —gimió Zane.

—No te preocupes...

Zane se quitó los zapatos y los calcetines.

—¿Me toca? —preguntó.

Carly asintió y lo observó mientras le quitaba el velo y lo dejaba sobre la cama. A continuación, Zane le quitó las horquillas y el revolvió el pelo.

—Me encanta tu pelo —murmuró mientras comenzaba a desabrocharle el vestido.

Carly se estremeció de deseo mientras se quitaba el vestido y lo dejaba en una butaca.

Zane silbó de forma apreciativa. Estaba guapísima con aquella ropa interior de encaje blanco.

La abrazó y la besó hasta dejarla sin aliento. Una vez en la cama, se desnudaron por completo.

—Qué preciosa eres —le dijo al oído—. Recuérdame por la mañana que le mande una docena de rosas a Brenda.

—¿A Brenda?

—Sí, por habernos presentado.

Carly lo abrazó con fuerza.

—Que sean dos —sonrióó comenzando a explorar su cuerpo.

Se hicieron gemir y jadear mutuamente hasta que llegaron al momento de la penetración, de la unión total y universal. Entonces, Carly se alegró de haber esperado a la noche de bodas para entregarse a él, al hombre de su vida.

De repente, Zane se apartó sorprendido.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Carly.

—¿Eres virgen? ¿Nunca has...?

—No, nunca —sonrió Carly.

—¡Oh, mi amor! —exclamó Zane mirándola con un inconmensurable amor.

A la mañana siguiente, cuando bajaron a desayunar tras hacer varias veces el amor, ya era casi la hora de comer.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó Carly. —Tengo que reponer fuerzas —sonrió Zane—. Creo que me podría comer la carta entera. ¿Qué quieres hacer hoy? —le preguntó tras hacer la comanda.

—Lo que quieras —contestó Carly mirando la pulsera de plata con el caballito que Zane le había regalado—. ¿Podré tener un

caballo?

—Pues claro.

—Voy a hablar con Brenda a ver si me vende a Queenie. Estaría bien tener un caballo que ya conozco, ¿no crees?

—¿Perdona?

—¿Qué te pasa? ¿En qué estabas pensando?

—En Katy. Estaba verdaderamente triste ayer y me tiene preocupado.

—¿Quieres ir a verla?

Zane se encogió de hombros.

—Sí, pero sólo tenemos dos días de luna de miel y...

—A mí, no me importa —le aseguró Carly—. No tengo ningún problema en compartirte con tu hija. Te debe de estar necesitando más que nunca.

—¿De verdad no te importa?

—De verdad.

Zane le tomó la mano y se la besó.

—¿Te he dicho que te quiero?

—Hace diez minutos —sonrió Carly.

—Debería decírtelo más a menudo.

—Me parece una buena idea.

Elaine vivía en una casa de una planta en una calle tranquila en la que los niños estaban jugando en la calle.

—¿Quieres entrar? —le preguntó Zane.

—No, te espero aquí —contestó Carly.

—Muy bien. No tardaré mucho.

En cuanto abrió la puerta de la furgoneta, Katy salió corriendo de la casa en dirección a él.

—¡Papá! ¡Papá! —exclamó tirándose a su cuello—. Sabía que ibas a venir. ¿Dónde vamos? ¿Podemos ir al cine?

—Por supuesto, pero vamos a decírselo a tu madre, princesa.

—¿No estabas de luna de miel? —le preguntó Elaine.

—Sí, pero... —contestó Zane encogiéndose de hombros—. ¿Te importa que me lleve a Katy y te la traiga a las seis?

—No, es tu día, pero... ¿te importaría que pasara la noche contigo?

Katy miró a su padre con los ojos muy abiertos.

—¡Por favor, papá, nunca he dormido en el rancho!

—Muy bien, cariño —contestó Zane besando a su hija—. Ve por tus cosas.

Mientras la niña obedecía encantada, sus padres se quedaron hablando.

—¿Tienes planes para esta noche? —le preguntó Zane.

—Puede.

—Supongo que tener una hija te estropea muchos planes, ¿verdad?

—No empieces.

—¿Por qué no me la dejas los fines de semana en lugar de sólo un día a la semana? Así podrías tener más tiempo para ti, para hacer lo que quieras...

—¿Y qué va a decir tu mujer?

—¿Y a ti qué te importa? Elaine, tengo derecho a estar más tiempo con mi hija.

—Sí, tienes razón.

Zane frunció el ceño ante aquel repentino cambio de parecer.

—¿Estás con alguien?

—¿Y qué más da eso?

—Un poco repentino, ¿no?

—Mira quién fue a hablar —le espetó Elaine mirando en dirección a la furgoneta—. No ha sido repentino —le explicó—. Ken y yo nos conocemos hace tiempo, pero hemos empezado a salir en serio hace poco.

—¿Y Katy le molesta los fines de semana?

—¿Quieres que lo pase contigo sí o no?

—Claro que sí —contestó Zane.

—Muy bien, podemos empezar a partir del próximo fin de semana.

Katy salió con una mochila al hombro, se agarró de la mano de su padre y sonrió encantada. Sin embargo, al llegar al coche y ver que estaba Carly se le cambió la cara.

Zane tuvo que acuclillarse frente a ella y explicarle la situación.

—Katy, nos hemos casado ayer. ¿Quieres que la deje sola en casa?

Katy negó apesadumbrada.

—¿La quieres más que a mí?

—No, mi vida —le aseguró Zane—. Es un amor diferente. Lo entenderás cuando seas mayor.

Katy asintió y subió a la furgoneta.

—Hola, Katy —la saludó Carly radiante.

—Hola —contestó la niña en voz baja.

—Katy quiere ir al cine —anunció Zane cerrando la puerta.

—Muy bien —contestó Carly—. Me encanta ir al cine.

Katy no contestó y Zane sacudió la cabeza y miró a su esposa como pidiéndole perdón.

Desde luego, el día no fue un éxito. Zane tuvo que sentarse entre ellas en el cine, Katy estuvo callada durante la cena y, una vez en

casa, se bañó y se metió en la cama sin ni siquiera darle las buenas noches.

Una vez a solas, Zane le dijo que Elaine le había pedido que Katy pasara los fines de semana con ellos. Carly sintió que el corazón se le partía. No porque no le gustara la niña sino porque la niña la odiaba.

—Muy bien...

—No pareces muy contenta.

—Teniendo en cuenta que tu hija me detesta, ¿cómo quieres que esté?

—No te preocupes, todo se arreglará. En cuanto te conozca, te querrá como te quiero yo —le aseguró Zane yendo a contarle un cuento a Katy.

—Eso espero —suspiró Carly deshaciendo el equipaje.

CAPÍTULO 14

CARLY se duchó medio dormida.

Zane le había dicho que para marcar a los terneros había que madrugar, pero ¿tan pronto? ¡Apenas había amanecido!

Tras vestirse, los tres fueron a desayunar al comedor común, con los vaqueros. Las mesas rebosaban de tortitas, salchichas, beicon, patatas fritas y huevos.

Al terminar de desayunar, siguieron a los vaqueros a los establos. Aquella iba a ser una experiencia increíble.

Había varias personas, incluidos varios niños, esperando. Entre ellos, Brenda y Jerry. Mientras Zane y los demás hombres ataban a los asustados animales y los marcaban con los hierros del rancho, Carly se quedó con Katy.

—¿Qué te parece? —le preguntó Brenda acercándose.

—Parece sacado de una película del Oeste —contestó Carly sinceramente.

—Hay cosas que nunca cambian —sonrió su amiga.

—¿Te atreves? —intervino Zane.

Carly negó con la cabeza, pero vio que Katy sonreía despectiva. Debía de pensar que era una chica tonta de ciudad, así que Carly se bajó de la valla de madera y se acercó al ternero, que estaba atado.

—Pon el hierro en el fuego —le indicó Zane mientras iba a ayudar un momento a otro vaquero.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó Carly a Katy.

—Quizás —contestó la niña.

—Quiero que seamos amigas, de verdad —le dijo Carly sinceramente—. No intento ocupar el sitio de tu madre, ¿sabes?

—Aunque quisieras, no podrías —contestó Katy.

—Tampoco quiero quitarte a tu padre. Lo quiero mucho y él me quiere mucho, pero eso no quiere decir que no te quiera a ti también —le explicó.

Katy fue a contestar, pero en ese momento apareció su padre.

—Vamos allá —dijo eufórico.

Carly tomó aire y marcó al animal, que pocos segundo después se puso en pie y se fue a pastar junto a su madre.

Tras cuatro horas de agotador trabajo, todos los terneros estaban marcados. Entonces, comieron todos juntos y rieron y hablaron de todo un poco.

Por la tarde, volvieron a casa, cansados y polvorientos. Cuando iban a entrar, sonó el teléfono y Katy salió disparada a contestar.

—Será Elaine para ver a qué hora le llevamos a Katy —dijo Zane.

—Papá, es mamá —dijo la niña—. Quiere hablar contigo.

—¿Quieres darte un baño? —le preguntó Carly

a Katy mientras Zane hablaba con su madre.

—Bueno...

—¿Y qué vas a querer cenar?

—Me da igual —contestó la niña.

—¿Quieres que nos tomemos una pizza cuando te llevemos a casa?

Katy se encogió de hombros y se fue a bañarse.

Mientras oía el agua correr, Carly oyó a Zane maldecir.

—¿Qué pasa?

—Que se ha casado —contestó colgando el teléfono.

—¿Quién? ¿Elaine? —preguntó Carly sorprendida.

—Sí —contestó su marido—. ¡Y quiere que se lo diga yo a Katy!

—¿Algo más?

—Pues sí. ¡Está embarazada!

Carly se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Y quiere que Katy se venga a vivir con nosotros y que se vaya con ella los fines de semana —concluyó.

Aquello fue como una bomba.

A Carly nunca le habían gustado especialmente los niños y ahora, en dos días, se encontraba casada y con una niña de seis años.

—¿Carly?

—Ve a secar a Katy mientras preparo café.

Zane la miró preocupado y obedeció. No podía quitarse de la cabeza la idea de que Elaine había tomado aquella decisión para estropear su relación con su nueva mujer. El estaba encantado con que su hija fuera a vivir con él, pero, ¿qué pensaría Carly?

—¿Sabes qué? —sonrió Katy—. Mamá me ha dicho que me puedo quedar a dormir.

—Sí, a mí también me lo ha dicho —dijo Zane sacándola de la bañera.

La envolvió en una toalla y la abrazó con fuerza. ¿Cómo le iba a decir que su madre se había casado y que ya no la quería en su casa? ¿No podría haber esperado Elaine a que la niña se acostumbrara a que su padre se hubiera vuelto a casar antes de hacerlo ella?

—Tengo sueño —bostezó Katy con el pijama ya puesto.

—¿No quieres cenar? Creo que Carly va a pedir una pizza.

—No tengo hambre.

—Muy bien —contestó tomándola en brazos—. ¿Te lo has pasado bien?

Katy asintió con los ojos medio cerrados.

—¿Te gustaría pasar el resto del verano en el campamento del Double Z?

Katy abrió los ojos inmediatamente.

—Sí —exclamó—. Se lo tendría que preguntar á mamá...

—Bueno, tu madre...

—¿Os habéis vuelto a pelear?

—No, mi vida —contestó Zane acariciándole el pelo—. Tu madre se ha casado esta mañana.

—¡No! —gritó Katy—. Jamás lo haría sin decírmelo. Si se hubiera casado, no lo habría hecho sin mí.

—Lo siento, hija.

—¡No! —gritó Katy llorando amargamente.

—Katy, mira, a partir de ahora vas a vivir aquí, conmigo, ¿de acuerdo? —intentó tranquilizarla su padre.

—No creo que a tu mujer le haga gracia.

—¿A Carly? Claro que sí. A partir de ahora, vas a tener dos familias que te van a querer mucho.

Katy no contestó. Se metió bajo las sábanas y siguió llorando.

Zane se quedó un momento sentado en el borde de la cama, pero decidió irse y dejarla sola para que se desahogara.

A la mañana siguiente, la niña estuvo callada durante todo el desayuno, pero se alegró cuando su padre le dijo que la iba a llevar al Double Z.

Zane y Carly lo habían hablado la noche anterior y habían decidido que sería mejor para Katy estar con sus amigos que pasar el día en el rancho con Carly. Sería mejor para ambas conocerse poco a poco.

Cuando se quedó a solas, Carly instaló el ordenador y se puso en contacto con su jefe. Zane fue a comer con ella y estaban haciendo el amor cuando sonó el teléfono.

—¿Cuánto hace que ha desaparecido? —preguntó Zane preocupado.

—¿Qué pasa? —exclamó Carly.

—Katy —contestó Zane.

—¡Oh, no!

—Ahora mismo vamos —dijo Zane colgando.

En diez minutos, estaban en camino.

—¿Dónde crees que ha podido ir? No la habrán secuestrado,

¿verdad? —preguntó Carly preocupada.

—No creo. Más bien, se ha escapado —contestó Zane—. Todo esto es culpa mía por no haber hecho las cosas bien. Sabía que mi hija no quería que me casara, pero lo hice igual porque me moría por estar contigo. Tendría que haberle dado más tiempo para hacerse a la idea —concluyó golpeando el volante.

Carly lo miró anonada. Si se echaba la culpa de lo ocurrido, obviamente también debía de culparla a ella de alguna manera.

¿Y si Katy no aparecía? ¿Cómo iba a vivir con un hombre que, cada vez que la mirara, iba a pensar que por su culpa había perdido a su hija?

Sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos de su cabeza. No, era imposible. Katy iba a aparecer. No podía haber ido muy lejos.

Al llegar al Double Z, Martha Zimmerman salió a recibirlos y les puso al corriente de lo sucedido. Su marido y todos los empleados del rancho estaban buscando a la pequeña.

—Hemos calculado que lleva una hora y media perdida —dijo Martha—. Iba a llamar ahora mismo a la policía. Siento mucho todo esto —añadió preocupada.

—No es culpa suya, señora Zimmerman —le aseguró Zane—. Me temo que la vida de mi hija se ha resquebrajado en los últimos dos días. ¿Le importaría dejarme uno de sus caballos?

—Por supuesto que no —contestó Martha—. Llévate el que quieras.

—Gracias —dijo Zane yendo hacia los establos.

—Quiero ayudarte —dijo Carly.

—Gracias, pero es mejor que te quedes aquí —contestó Zane.

Carly asintió, pero, en cuanto Zane hubo desaparecido a caballo, ensilló una dócil yegua y salió en busca de Katy.

Supuso que todos estarían buscando cerca de al autopista, así que ella se quedó cerca del rancho. Al fin y al cabo, Katy sólo tenía seis años. Seguro que sólo quería llamar un poco la atención, quizás asustar a su padre, pero nada más. Debía de estar escondida en algún lugar no muy lejano.

Al cabo de un rato, vio un sendero que se adentraba en el bosque y decidió seguirlo. Terminaba en una pradera. Carly oteó el horizonte, pero no vio nada. Cuando se disponía a dar la vuelta, oyó un grito.

Paró el caballo y escuchó con atención. Sí, era un leve grito pidiendo auxilio. Subió una colina y, al llegar a lo alto, vio una mancha azul en mitad de la pradera verde. Era la falda que Katy llevaba aquella mañana.

Asustada y aliviada al mismo tiempo, hizo al caballo bajar por la

pendiente. Cuando el animal perdió pie y cayó, se dio cuenta de su error, pero ya era demasiado tarde.

Al verse en el suelo con la muñeca herida, suspiró enfadada

—Es la última vez que monto —gruñó mientras veía a su caballo salir corriendo en dirección al rancho.

—¿Carly?

Carly se giró y vio a Katy, con la camisa rota, y los ojos rojos de tanto llorar.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No —gimoteó la pequeña—. Creo que me he roto la pierna.

Carly se puso en pie y se arrodilló a su lado.

—¿Dónde te duele?

La pequeña se tocó la rodilla, que estaba muy hinchada. .

—Quiero que venga mi padre —sollozó.

—Lo sé, cariño —contestó Carly mirando el caballo de Katy.

Decidió dejarla allí e ir a buscar ayuda al rancho, pero cuando se lo dijo Katy se negó.

—No quiero quedarme sola otra vez —exclamó.

—No tardaré mucho.

—No, por favor.

Carly pensó en subir a Katy al caballo con ella y volver juntas, pero tenía la muñeca muy mal, así que no podía ser.

Además, mirando al animal detenidamente, vio que él también tenía una pata mal.

—Me parece que nos hemos hecho todos daño, ¿eh? —sonrió—. Vamos a tener que esperar a que nos encuentren. No creo que tarden mucho. Katy asintió dejando de llorar. —¿Por qué te has casado con mi padre?

—Porque lo quiero.

—Mi madre también se ha casado.

—Sí, pero los dos te siguen queriendo, ¿sabes? —le aseguró Carly—. Eso nada lo va a cambiar. Todos podemos querer a más de una persona en la vida.

Katy frunció el ceño.

—Tú quieres a tu madre, ¿verdad?

—Sí —contestó la niña.

—¿Quiere decir eso que no quieres a tu padre?

Katy negó con la cabeza.

—Hay amor para todos —le explicó Carly—. Puedes querer a cientos de personas a la vez. Puede que un día incluso me quieras a mí —sonrió dándose cuenta de lo importante que era para ella que aquella niña la quisiera.

—No tengo que llamarte mamá, ¿verdad?

—Solo si tú quieres.

—Me quiero ir a casa —dijo Katy volviendo a llorar—. Me duele mucho la pierna.

—No creo que tarden mucho en venir, ya verás —la consoló Carly acariciándole el pelo—. ¿Quieres apoyarte en mí y descansar un poco?

Tras dudarlo un momento, Katy asintió. Acariciándole la frente, consiguió que se quedara dormida.

Hacía calor y a Carly le dolía terriblemente la muñeca. Si a ella le dolía tanto y sospechaba que era sólo un esguince, ¿cuánto le dolería a Katy si de verdad se le había roto la pierna?

Al cabo de un rato, oyó los cascos de un caballo y no tardó mucho en ver aparecer a Zane, con el pelo al viento y sin sombrero, el clásico héroe de las películas.

Saltó del caballo antes de que el animal se parara por completo y besó a ambas antes de preguntarles cómo estaban.

—Yo tengo la muñeca mal y creo que Katy se ha roto una pierna.

—Dios mío, es imposible meter un coche aquí —apuntó Zane—. Voy a tener que moverla, pero antes se la voy a inmovilizar.

—¿Te ayudo?

—No, tú tienes mal la mano.

Poco después, con ramas y un poco de cuerda, le había inmovilizado a su hija la pierna y subió a ambas a su caballo.

—¿Y el mío? —preguntó Katy.

—No te preocupes la tranquilizó su padre—. Seguro que nos sigue y, si no, alguien vendrá luego por él. ¿No te había dicho que te quedaras en el rancho? —le dijo a Carly.

—Sí, pero no podía quedarme allí de brazos cruzados mientras todo el mundo estaba buscando a Katy. Tenía que poner mi granito de arena.

Zane le acarició la mejilla con ternura.

—Esa es mi chica —dijo orgulloso.

Carly sonrió encantada y Katy sonrió también.

«Todo va a ir bien a partir de ahora», pensó.

EPÍLOGO

CARLY se sentó en el porche de su nueva casa y se tocó la tripa. Sonrió al sentir las patadas de su hijo, que iba a nacer cualquiera de aquellos días.

Había dejado el trabajo y había puesto una empresa. Ser su propia jefa le permitía organizarse como quería.

Sonrió al ver a Katy jugando con el cachorro que Zane había sacado de la perrera.

Elaine había tenido a su hijo hacía cinco meses y Brenda había anunciado hacía pocos días que ella también estaba embarazada.

—¿Qué tal estás, cariño? —le preguntó Zane.

—Bien, un poco nerviosa.

—¿Qué tal está nuestro hijo? —añadió arrodillándose a su lado.

—Muy bien, creo que va a ser futbolista —sonrió.

—Espero que se parezca a ti —dijo Zane besándola.

—Espero que se parezca a ti —contestó Carly.

—¡Espero que se parezca a mí! —exclamó Katy.

Carly y Zane se rieron mientras la niña subía las escaleras del porche con el cachorro en brazos.

—¿Y qué hacemos si se parece a Chipper? —dijo Zane acariciando al perro.

—No digas tonterías, papá —sonrió Katy.

Carly sonrió mientras los miraba. No había sido fácil al principio, pero había conseguido ganarse el amor de la hija de Zane y ahora eran una familia de verdad.

Incluso la madre de Zane estaba entrando en razón. La última vez que los había ido a ver, se había despedido de ella con un abrazo y la había llamado cunksi, que en lakota quería decir hija.

Sí, señor. La vida era maravillosa.

Carly suspiró feliz.

Una vez, alguien le había dicho, ¿habría sido Brenda?, que todo era más grande y mejor en Texas.

Era cierto.

FIN